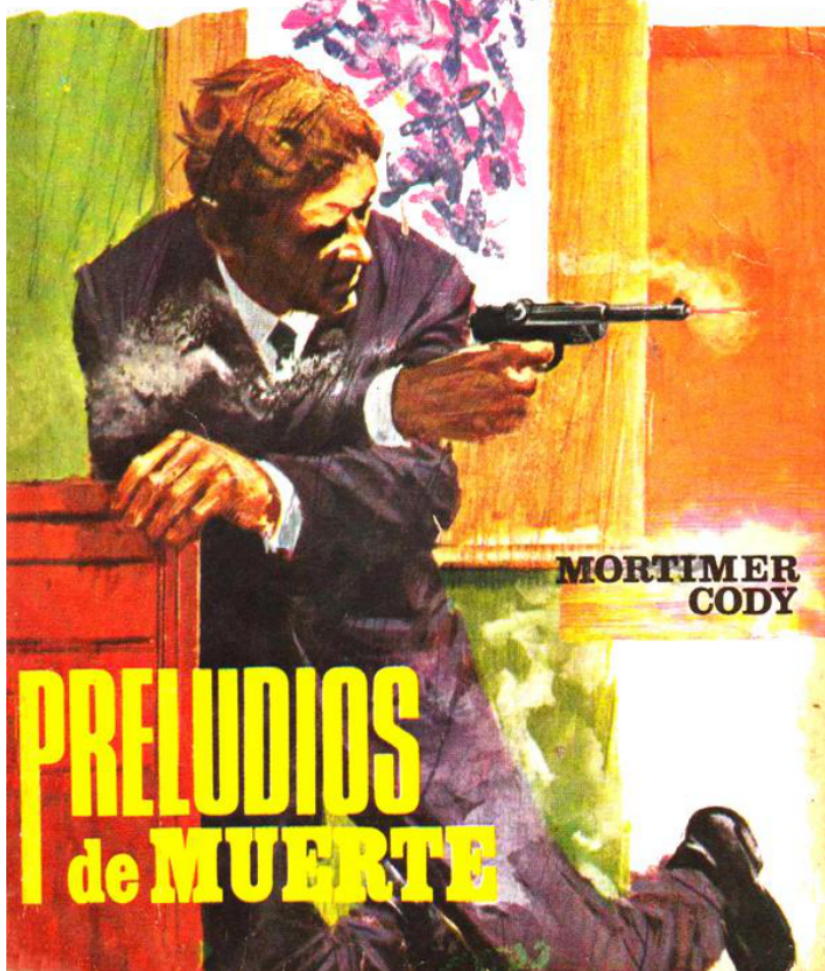
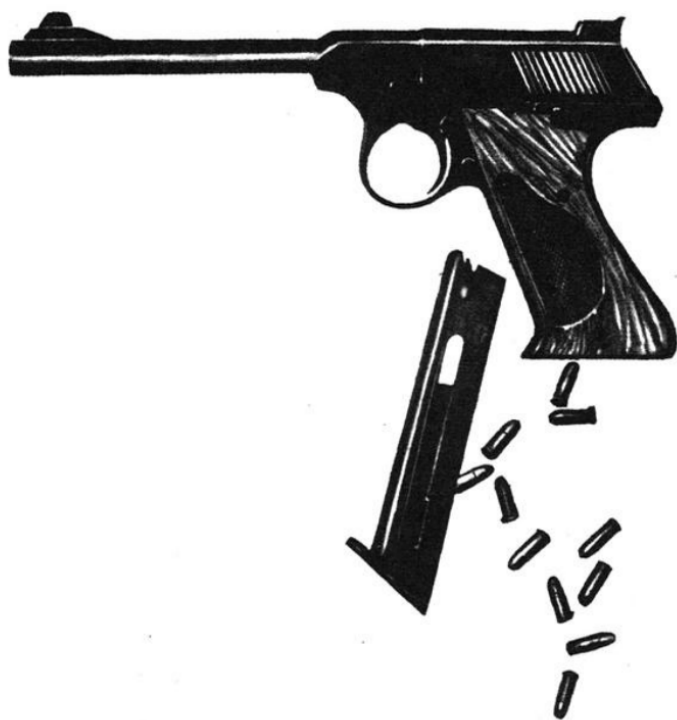


FBI



**MORTIMER
CODY**

PRELUDIOS de MUERTE



© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 25.546 - 1972

Printed in Spain

Suc. de Rivadeneyra, S. A. - MADRID

MORTIMER CODY

Preludios de muerte

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

CAPÍTULO I

TODO se estaba desarrollando según el plan previsto. Punto por punto. No obstante, aquel hombre, Hendrik Van Eesteren, como cada vez que se trataba de un asunto de acción, se sentía muy nervioso.

Van Eesteren era un hombre inteligente, y trataba de convencerse a sí mismo de que, en definitiva, a aquello ni siquiera se le podía llamar acción, no por su parte, al menos, ya que se estaba limitando a seguir las instrucciones recibidas.

Pero, como fuese, estaba en movimiento. Y los espías saben que el movimiento, aunque a ellos les parezca imperceptible, siempre comporta algún riesgo.

En el Aeropuerto de Maiquetía, Caracas, se había producido la animación consiguiente a la llegada de un vuelo internacional. Hacía ya unos veinte minutos de tal circunstancia y Van Eesteren, confundido con la gente, haciendo lo mismo que los demás, había recogido ya su equipaje. Se trataba tan sólo de una maleta de buena piel, oscura; tan sólo una maleta, si bien llevaba también un portafolios rectangular, con una profundidad de casi tres pulgadas y buenos cierres metálicos; el portafolios no lo había soltado en todo el viaje.

Y ya con la maleta en una mano y el portafolios en otra, Van Eesteren se dirigía hacia los servicios del aeropuerto, mientras los altavoces ya anunciaban una salida, en tres idiomas, y se reproducía el movimiento anterior.

Desde el amplísimo vestíbulo, de brillante suelo, y paredes decoradas con gusto y sobriedad, Van Eesteren se dirigía hacia los servicios, sin mirar a nadie. Se introdujo, en ellos; y lo primero que hizo fue comprobar que estaban solitarios; se miró al espejo de uno

de los lavabos, y le preocupó su aspecto, bastante pálido el rostro, inquieta la mirada...

Casi gritó, cuando se abrió la puerta, y apareció un hombre, que sin mirar a Van Eesteren fue hacia el espejo contiguo. Dijo:

—Todo está saliendo bien, Van Eesteren. Tranquilícese.

Van Eesteren dirigió una rápida mirada a aquel hombre.

—¿Paxton? —musitó.

—Sí. Queda lo más fácil. Pase a un excusado; yo le sigo.

—Bien...

Van Eesteren, con su maleta y el portafolios, pasó a uno de los retretes. Segundos más tarde, el tal Paxton se reunía con él, en el reducido espacio. Van Eesteren reparó entonces en que Paxton llevaba una maleta idéntica a la suya. Miró a Paxton, mientras éste abría la maleta y la colocaba, tras extraer unas bolsas, en vertical, con un espejo encima.

—Ya debería estar desnudo. Van Eesteren —dijo Paxton—. ¿Qué espera?

Van Eesteren asintió con movimientos de cabeza. Empezó a quitarse el traje, de un tono azul gris, de buen corte; camisa, corbata, zapatos... Van Eesteren a sus cincuenta años, era un hombre que, pese a desarrollar trabajos intelectuales casi siempre, con muy poca acción, se conservaba en aparente buena forma física. Sólo el cabello gris y aquellas gafas le daban aspecto de mayor madurez.

En cuanto a Paxton, de unos cuarenta años, tenía una complexión parecida a la de Van Eesteren; pero mucho más duro; se advertía a simple vista; bastaba mirar los dos cuerpos, cubiertos tan sólo por la ropa interior.

—Póngase mi traje. Van Eesteren —dijo Paxton—. No vacile. Luego, abra esa bolsa, y verá una peluca que se aproxima bastante a mi color e inclinación de cabello; el peinado es idéntico. Deberá usar micro lentillas y entregarme sus gafas. Son pequeñas molestias necesarias.

Van Eesteren, sin responder, obedecía en todo a Paxton. Si algo contribuía a tranquilizarle era la seguridad y rapidez con que se movía aquel hombre, David Paxton, agente especial del F.B.I.

Notando que el sudor apuntaba ya en diversos puntos de su cuerpo Van Eesteren acabó de ponerse el traje más oscuro de

Paxton; se colocó la peluca con ayuda del agente del F.B.I., y las micro lentillas, que disimulaban su necesidad de usar gafas. En cuanto a Paxton, estaba ya ultimando la colocación de la peluca que llevaba en otra de las bolsas, que imitaba muy bien la cabellera de Van Eesteren.

Un minuto más tarde, los dos hombres se miraban al espejo.

Paxton sonreía levemente, ante la sorpresa de Van Eesteren.

—Es... asombroso, señor Paxton —murmuró Eesteren.

—Existen pequeños defectos, pero no creo que sea fácil advertirlos. Ahora, guardaremos el espejo y las bolsas vacías en mi maleta, que será la que se llevará usted. Yo me haré cargo de la maleta de usted, y del portafolios. Desde ahora, cesa su actuación.

—Entonces... ¿ya puedo marcharme? ¿Es todo?

—Y no poco. Van Eesteren. Ha sido un buen servicio. Cuando se considere seguro, a salvo, comuníqueme a Washington su paradero... si es que tiene intención de seguir colaborando con nosotros. Buena suerte.

—Espere... No se moleste, por favor; quisiera saber si...

—Lo del dinero está solucionado; como usted dijo.

—De acuerdo...

—¿O tiene alguna duda? —inquirió Paxton.

—No... No, no.

—Entonces, salga ya. Repito: buena suerte.

—Lo mismo le deseo, Paxton.

—Salga usted primero —dijo el federal.

Van Eesteren, aún nervioso, teniendo en cuenta que no había salido del aeropuerto, abrió la puerta del excusado; al pasar ante la fila de lavabos, volvió a sorprenderse del cambio y aquello le confirió cierta seguridad. Instantes más tarde estaba en el vestíbulo, para mezclarse con la gente, y dirigirse a la salida, en busca de un «bus» o taxi que le condujera a Caracas, ya definitivamente a salvo.

—¿Equipaje, señor?

Era un mulato uniformado. Van Eesteren iba a negar, pero entendió que aquello era natural, y cedió la maleta al uniformado mulato.

—Busca un taxi, por favor —pidió Van Eesteren.

—Sí, señor. Sígame.

Por entre la gente, por entre rumores, estruendo de aviones; las

puertas automáticas se abrían y cerraban incesantemente. En el exterior, el enorme «*parking*» estaba abarrotado de coches; toda una nota de color entre aquella especie de pulpo de asfalto que formaba las vías de entrada y salida.

Van Eesteren no vio el coche que se acercaba; un «sedan» algo antiguo, azul oscuro. Se ven bastantes aún en Caracas. El mulato esperó a que el coche llegara frente a ellos, y estuviera detenido. Entonces, musitó:

—Su taxi, señor.

Van Eesteren pareció darse cuenta del detalle un poco tarde; avanzó primero y retrocedió vivamente luego, al observar que aquel «sedan» no era un taxi corriente. No obstante, antes de que abriera la boca, vio al hombre que desde los asientos traseros del coche le estaba mostrando una ominosa automática, provista de silenciador; la mano enguantada que empuñaba la pistola era muy firme y el dedo estaba ajustado al gatillo.

—Es un cómodo taxi, señor —dijo el mulato—. Por favor...

—Pero...

Ya se había abierto la portezuela; el mulato dejó la maleta en el interior y luego impedía que Van Eesteren pudiera retroceder, mientras el de la pistola, silencioso, convencía a Van Eesteren con sólo apuntarle. Por fin. Van Eesteren se introdujo en el «sedan» que inmediatamente arrancó.

El mulato, entonces, regresó al vestíbulo. Cruzó una seña con alguien y miró hacia donde estaban las cabinas telefónicas; en una de ellas, un tipo con traje azul gris, cabellera gris y gafas, estaba marcando un número; en el interior de la cabina, junto al tipo, estaba el portafolios y la maleta.

EL hombre del F.B.I., telefoneó durante un par de minutos; colgó, por fin y salió de la cabina con aire inexpresivo, cargado con el portafolios y la maleta; desde aquel momento, el mulato uniformado, tras cruzar una nueva seña, se esfumó. Mientras, Paxton salía al exterior y se dirigía hacia el «*parking*», calle «J», donde había dejado estacionado su vehículo, un «Mercury» granate.

Empezaba a oscurecer y tardaría muy poco en aparecer, en el aeropuerto y toda la zona una interminable procesión de luces.

Paxton llegó hasta el «Mercury» por la parte de atrás, dispuesto a abrir el portamaletas para dejar allí el portafolios y la maleta.

Estaba ya con las llaves en la mano, cuando vio a la pareja; él vestía traje blanco y era un tipo moreno, casi grueso, que fumaba un buen puro. Ella era una guapísima criatura de poco más de veinte años; rubita, ojos claros, cabello largo y liso... Vestía pantalones rojos y una casaca estampada, con un medallón.

Paxton no reparó en ellos, hasta que se encontraron a su espalda; iba a introducir el llavín e la cerradura del portamaletas, cuando oyó la voz, algo bronca, del tipo del traje blanco:

—Creo que se equivoca de auto, señor. El suyo es el «Pontiac» que está a su derecha. Véalo.

En el momento en que Paxton giraba, se encendieron las luces del *«parking»* y las de las dependencias del aeropuerto.

Paxton había palidecido; miraba alternativamente a la bella rubita y al tipo moreno que tenía la diestra en el bolsillo de la chaqueta.

—Tome el equipaje y pase al «Pontiac» —ordenó aquel hombre.

—Han debido confundirse de hombre, señor. Yo...

Paxton fue atajado con brusquedad por el tipo.

—No queremos perder tiempo. Obedezca.

Paxton les miró a ambos y ya recuperado, al menos en apariencia, ya que su inexpresividad era total, se inclinó tomando con la diestra el portafolios, y la maleta con la zurda. La bella criatura, sin despegar los labios se adelantó, para situarse frente al volante del «Pontiac», mientras los dos hombres se situaban en los asientos traseros. El vehículo arrancó, sin más.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió Paxton, cuando el vehículo rodaba ya hacia una de las salidas.

—No son necesarias explicaciones.

—Sin embargo, insisto: se equivocan conmigo.

—Tal vez. Michele...

—¿Sí? —inquirió la joven rubia.

—No es necesario que corras. Hemos de llegar al desvío ya oscurecido.

—De acuerdo, Oscar...

Oscar chupó del puro, pero estaba apagado y lo arrojó por la ventanilla. Luego, siempre ocupada la diestra con la automática que ya mostraba a Paxton, tomó el portafolios y lo pasó al asiento contiguo al que ocupaba Michele, que estaba desocupado.

—Pase usted la maleta —ordenó a Paxton.

El hombre del F.B.I., tras estudiar en un segundo la situación, decidió obedecer. Pasó la maleta junto al portafolios. Luego, adoptó su posición primitiva.

Oscurecía rápidamente y Oscar dijo:

—Aprieta un poco ahora, Michele.

Ella obedeció, en silencio y tres minutos más tarde dejaban la autopista que conducía a Caracas, para tomar una carretera secundaria, que discurría entre montañas ciertamente impresionantes; detrás de las montañas, estaba el mar.

El «Pontiac» aún rodó durante unos cinco minutos, hasta llegar a un lugar donde había una explanada, oscura, solitaria; dejó la carretera, internándose un poco en la explanada, levantando mucho polvo, que parecía ser filtrado por las luces del coche. Éste se detuvo, por fin.

Michele se volvió hacia Paxton.

Y el hombre del F.B.I., se equivocó; no llegó a comprenderlo. Vio que ella soplabla una boquilla que tenía entre los labios y luego notó un leve pinchazo en el cuello; notó un súbito mareo, unos segundos de angustia; segundos durante los cuales sus brazos trataron de asirse a algo, hasta que las manos fueron a parar a su propio cuello... Y de allí, se arrugó hasta el suelo, muerto.

Oscar lo contempló unos instantes, con indiferencia.

—Bien, Michele. Hubiese luchado y esta gente siempre causan algún problema... Ahora, ayúdeme. Las cosas hay que hacerlas lo mejor posible. Desaparece Paxton y desaparece Van Eesteren.

—Paxton ha llamado por teléfono.

—Lo sé. Y así es mejor. Sin duda, Paxton ha dado el parte de sin novedad. Tenemos, por tanto, que hemos desconcertado a nuestros enemigos ya que no sabrán dónde buscar a Paxton y a Van Eesteren.

—El cadáver de Paxton...

—Vamos a ocuparnos de eso, Michele. Ayúdame a sacarlo del coche.

Michele, sin más objeciones, se apeó, así como Oscar y entre ambos extrajeron el cadáver. Lo dejaron, sencillamente, y sin más ceremonia, tirado sobre el polvo de aquella explanada. Luego, Oscar desapareció un instante, para reaparecer con una lata de gasolina. Michele, silenciosa, le miraba. De todos modos, no parecía en

absoluto impresionada por lo que adivinaba.

Oscar destapó la lata y roció cuidadosamente el cadáver con el líquido inflamable.

—Pon el coche en marcha, y aléjate un poco; lo prudente —dijo, sin mirar a Michele.

Ella obedeció; el coche, sin luces, se alejó una cincuentena de yardas. Y Michele, desde su sitio, frente al volante, pudo ver lo que ocurría; veía la silueta de Oscar, con el traje blanco; vio la llamita que apareció en su mano, al accionar el encendedor. Luego, Oscar se inclinó y prendió fuego. De inmediato, se inflamó la gasolina; grandes llamas azules, rojas, amarillas, se alzaron.

Oscar retrocedió y luego se dirigió hacia el «Pontiac».

Cuando se acomodó junto a Michele, echó un vistazo al cadáver en llamas.

—¿Nos vamos? —inquirió Michele.

—Sí... No creo que se produzca ya algo que impida que el cadáver se consuma; será muy difícil de identificar y digo muy difícil porque no me gusta hablar de imposibles... En marcha, Michele.

La bella rubia puso el coche en marcha, en dirección a la carretera; aún sin luces. Hasta que no empezó a rodar por el asfalto no encendió los pilotos y las largas. Atrás, quedaba una pira ardiente.

Ya tranquilo, Oscar encendió un nuevo puro y suspiró satisfecho.

—Creo que ha sido un gran trabajo, Michele. ¿Qué te parece? —inquirió Oscar.

—Pues sí...

—¿Alguna duda? —inquirió, arqueando una negra y poblada ceja, Oscar.

—No, no. Ninguna, Oscar. Ha sido fácil, rápido, limpio... Esperaba quizás, más dificultades. Esta vez, nos hemos enfrentado al F.B.I., de Washington. Me pregunto si realmente Paxton telefoneó para dar el parte de sin novedad a sus enlaces...

—¿Pues qué otra cosa? Eso no debe ya preocuparnos. Consta que Paxton y Van Eesteren han desaparecido sin dejar rastro; cuando se encuentre el cadáver carbonizado de Paxton, va a ser muy difícil que lo relacionen con un agente del F.B.I., desaparecido; y aunque puedan llegar a sospechar algo, no podrán establecer la

verdad. Pienso que el F.B.I., incluso puede llegar a pensar que ha sido traicionado por Paxton y Van Eesteren.

—Eso ya es exceso de optimismo, Oscar.

—Como sea, jamás sabrán lo ocurrido.

—Bien...

—Ahora, a casa, Michele. Ya debe estar allí Van Eesteren. Esperamos que sea útil... Si no... peor para él.

—¿Ese Van Eesteren es en verdad necesario? —inquirió Michele.

—No es cosa mía. Tú y yo obedecemos ¿no es así?

—En efecto.

—Pues sigámoslo haciendo. Las cosas no marchan mal.

Estaban de nuevo en la autopista y de allí hacia Caracas, cruzándose con todo el tránsito de ida al aeropuerto cuyas luces eran visibles, dada la elevación de aquella magnífica autopista.

Michele, atenta al volante, al tráfico, seguía pensando que todo había sido fácil, limpio, cómodo, rápido... Intentaba hallar algún fallo, algún resquicio, sin conseguirlo. Oscar debía estar en lo cierto; no había por qué preocuparse. No quedaba ni rastro de Paxton ni de Van Eesteren... Ni, por supuesto, de ellos, de su actuación.

CAPÍTULO II

DURANTE veinticuatro horas, el agente especial del F.B.I. Desmond Parker había estado prácticamente confinado, dedicado al estudio de unos «*dossiers*» de unos datos; de informes, fotografías... En su mente había quedado grabado el «*affaire*» completo. Había sacado sus propias conclusiones y consideró que estaba listo para acudir a la cita con el inspector Fenimore, su jefe inmediato, en el despacho de éste, en el edificio del Departamento de Justicia, en Washington.

Aquella mañana, pues, a las nueve en punto, Desmond Parker penetraba en el despacho del inspector, quien ya le aguardaba; tras el breve saludo, ya sentados los dos hombres, Desmond dejó sobre el escritorio todos los documentos.

—¿Y bien, Desmond? —inquirió el inspector—. ¿Qué opinas?

—Traición.

Así, casi con brusquedad. Desmond Parker miraba, además, con mucha fijeza al inspector Fenimore, quien tras mostrar una leve sorpresa empezó a acariciarse el mentón.

—Traición, dices... —musitó—. ¿Por parte de quién?

—De alguno de nuestros enlaces en Caracas.

—No sé... ¿En qué te fundas para llegar a esa conclusión?

—Paxton lo preparó todo bien, señor. Y Van Eesteren, al parecer, cumplió su cometido.

—¿No pudo ser Van Eesteren el traidor, Desmond?

—No lo creo. Sabemos que Paxton, tras la llegada de Van Eesteren y realizar el cambio previsto de personalidades, llamó a nuestro jefe de red en Caracas, ese tal Robreño, diciéndole que todo había salido perfectamente. A partir de entonces, nada más hemos sabido de Van Eesteren, ni de Paxton. Es decir... hemos sabido algo:

que se encontró un cadáver completamente calcinado y mucho nos tememos que sea el de Paxton. En cuanto a Van Eesteren, ni rastro.

—Bien, bien... ¿dónde está la traición?

—Déjeme proseguir, señor. Es casi seguro que Paxton y Van Eesteren fueron atrapados una vez cambiados de identidad; eso lo puede demostrar el hecho de la llamada telefónica de Paxton a Robreño, indicando que todo iba bien. Entonces, tenemos que ambos fueron atacados una vez realizado el cambio de identidad. De ahí, podemos deducir que sus atacantes fueron sobre seguro.

—Creo que cabe esa posibilidad... fueron sobre seguro; esperaron tranquilamente a que Paxton y Van Eesteren cambiasen de identidad. Sigue, Desmond.

—Poco más, señor. Si fueron sobre seguro, es que se filtró alguna información. Tal información sólo podía provenir de uno de nuestros enlaces.

Parecía que el inspector Fenimore se resistía a aceptarlo.

—Olvidas algo, Desmond —dijo—. Sospechamos una intervención de los servicios secretos cubanos.

—No lo olvido. No obstante, dada la meticulosidad con que Paxton preparó las cosas, dudo y permítame insistir, que se trate de la actuación perfecta de algún servicio secreto. Para mí, fue una delación; una traición; alguien suministró informes a los atacantes. Por otra parte, señor, usted sabe que conozco muy bien el servicio secreto cubano...

—Por supuesto, Desmond... En realidad, eres el hombre idóneo para esta misión, puesto que no desdeño la posibilidad de que debas entrar en Cuba. O, en otro caso, creo que deberás enfrentarte a los servicios secretos cubanos, sea cual sea el terreno. Eres nuestro experto en ese sentido.

—Gracias, señor. Decía que conozco bien ciertos «*modus operandi*» de los agentes cubanos y... no consigo asociarlos en este asunto.

—Insistes en que alguno de nuestros enlaces en Caracas.

—Ahí —señaló las carpetas con un gesto de la barbilla—, constan todos los datos, con fotografías y «hoja» de servicios de esos enlaces, Desmond. No son numerosos, además; más bien, nuestra red en Caracas es exigua. ¿Has estudiado todos esos datos?

—Desde luego, señor.

—Dime... ¿alguna sospecha «*a priori*»?

—No, señor. Eso es muy arriesgado e improcedente, creo. Yo he visto unos rostros fotografiados y he leído unos datos. Nada de eso es suficiente, ni mucho menos, para tratar de establecer una culpabilidad.

—Claro... Y eso es lo más duro: desconfiar de quienes han sido nuestros amigos y colaboradores, Desmond. No obstante, puede que tengas razón... Pudo ser alguno de ellos quien informase sobre los movimientos de Paxton y Van Eesteren. Por la forma en que ocurrieron las cosas, comprendo que lo sospeches; les atacaron sobre seguro. Quizás cometieron el error de dejar telefonar a Paxton.

—Supongo que lo hicieron para que Paxton diera la impresión de que todo marchaba bien.

—Es posible; eso aumentó la tranquilidad de los atacantes.

—Sin duda, señor. Ahora... creo que deberíamos ya puntualizar sobre mi viaje a Caracas.

—Prepáralo tú, Desmond. Sinceramente, creí que tu destino sería La Habana.

—De momento, no, señor. Yo, en La Habana, sería un hombre ciego. En cambio, en Caracas, puedo obtener alguna pista; en Caracas tenemos un traidor. Son cuatro enlaces los que componen la red; no es un número excesivo; como usted dijo, es más bien exiguo. Descubriendo al traidor, puedo seguir adelante.

—Tengo que estar de acuerdo contigo, Desmond. ¿Cómo piensas enfocar la situación, una vez en Caracas?

—Eso lo pensaré más detenidamente, señor.

—Dime ¿anunciamos tu llegada a Robreño, el jefe de la red?

Desmond vaciló brevemente; luego, murmuró:

—No, señor.

—Robreño es de confianza absoluta, Desmond.

—Aun así; prefiero hacer las cosas a mi manera —dijo Desmond.

—Sería desagradable que Robreño se enterase de que desconfiamos, Desmond. Sin embargo, importa tu seguridad. ¿Has preparado el viaje?

—Y pertrechos —sonrió, fugazmente, Desmond.

—Entonces... buena suerte. Bien... hay algo más: creo que debemos perder la esperanza en lo concerniente a Paxton. Tampoco

deberemos contar, en lo sucesivo, con Van Eesteren. Sin embargo, hay algo que sí debemos recuperar, Desmond, ya lo sabes. Tu misión se divide en dos partes: encontrar a un traidor, y recuperar las muestras y documentos que traía Van Eesteren. Ambas son importantísimas. Dime... ¿has tenido en cuenta que Van Eesteren era, o es, agente doble?

—Sí, señor.

—¿Y no cabe la posibilidad de que el propio Van Eesteren haya podido...?

—Si Van Eesteren quería engañar al F.B.I., señor, no tiene la menor lógica su llegada a Caracas desde Europa. Pudo quedarse en cualquier escala.

—Sí, eso es cierto... Y nosotros ya entregamos el dinero... Parece ser que estamos perdiendo mucho en este «*affaire*».

—Eso, por ahora, señor —dijo, con suavidad, Desmond, mientras se ponía en pie.

Era un hombre alto, enjuto; su rostro parecía vulgar, pero los ojos muy negros, desmentían tal impresión. Los ojos, y la línea dura y viril de la boca, quizás algo grande.

Se habían despedido ya y Desmond Parker se dispuso a emprender el viaje.

La llegada de Desmond Parker a Caracas se había producido sin la menor novedad; un viaje un tanto largo, pesado, incluso aburrido. Por fin, Desmond, dejó el aeropuerto de Maiquetía con un taxi, que por la autopista de La Guaira le dejó en Caracas, en la parte noroeste, en la ciudad antigua, con brochazos muy brillantes de modernismo; en algunos edificios, en sus luces, en su trazado. Concretamente, Desmond fue a parar al hotel «Cajigal», enclavado en la calle de la Bolsa, a escasa distancia de la plaza Bolívar.

Desmond tenía reservada la «*suite*» 220, con vistas, por la terraza, a las Torres del Silencio, los más altos edificios de Caracas, enclavados en la Plaza Bolívar. De todos modos, Desmond se sentía muy poco atraído por las vistas de Caracas y se dedicó a tomar una ducha, cambiarse de ropa y encargar cena en la propia habitación.

Eran las nueve y unos minutos de la noche cuando estuvo listo para salir.

Había realizado todos los cálculos necesarios para que su primera noche en Caracas no pudiera considerarse totalmente

perdida. Por lo pronto, a las nueve de la noche no podía ir a fisgar al establecimiento de Filatelia y Numismática de Robreño, por la sencilla razón de que dicha tienda estaría cerrada; cualquier otro contacto que no fuese el de simular ser un cliente, alarmaría de inmediato a Robreño; por tanto, éste quedaba descartado para aquella noche; también Lyra, Rogelio Lyra, socio de Robreño en el negocio de sellos y monedas.

Quedan otros dos miembros del grupo, y Desmond pensaba que hasta cierto punto era afortunado el hecho de también formasen una pareja de socios, en ciertos aspectos. Hilda Varona y José Horacio Hoyos sí podían ser vigilados aquella noche.

Hilda Varona era propietaria de «El Candilito», un lugar animado de aquella misma zona de Caracas. José Horacio Hoyos era su proveedor artístico.

Así, pues, a las nueve y media, Desmond, en un taxi, se encontraba ya camino de «El Candilito».

Por simple precaución, quizás innecesaria, el hombre del F.B.I., se apeó un par de manzanas antes de llegar al local; cubrió el resto del camino paseando, fumando un cigarrillo, sin prisas. Veía el rótulo, que destacaba mucho en aquella calle tranquila; un luminoso con la forma de un candil, simplemente; no había exceso de imaginación.

Caminaba, además, por la acera de enfrente, prestando atención a cualquier movimiento a su entorno que se apartara de lo normal. Nada ocurrió, sin embargo. Quedó casi frente a «El Candilito», en la otra acera y semioculto por los vehículos aparcados a ambos lados de la calle.

De vez en cuando, llegaba algún taxi, o un auto privado, y descendía gente, que pasaba al local; gente que era engullida por la estrecha entrada. A los lados de ésta, en cartelones impresos, se anunciaba el espectáculo. Había un «tablao» flamenco. Gracia de Córdoba, anunciaba el letrero; luego, seguía una relación de palmeros, guitarristas, «cantaores», «bailaores»...

Tras la representación de Gracia de Córdoba, se podía bailar toda clase de bailables sudamericanos. Samba, rumba, «calypso», «merengue»... Todo amenizado por los «Delta's Boys». Todo por seis bolívares, aproximadamente dólar y medio de U.S.A., con una consumición incluida.

Cuando el hombre del F.B.I., apagó la colilla, dispuesto a meterse en el local, se detuvo, observando la llegada de un coche, que estaba aparcado a escasa distancia de la entrada de «El Candilito». Se apagaron las luces del vehículo, y apareció un hombre de unos cuarenta y cinco años. Un tipo de rostro moreno, cabello sospechosamente negro y abundante y bien vestido, con un traje oscuro, y pajarita sobre la camisa blanca.

Desmond tardó medio segundo en identificarle: José Horacio Hoyos.

Hoyos, sin la menor vacilación, fue hacia el local, y desapareció en el interior.

Por su parte, Desmond aún se entretuvo un poco; lo justo para acercarse discretamente al coche de Hoyos, un «Buick» azul, tremendamente grande, y deslizar debajo del guardabarros izquierdo delantero, el que daba a la acera, un control electrónico. Luego, siguió su camino, penetrando en el local.

Al instante, le aturdieron los «¡Olés!», las palmas asombrosamente sincronizadas de aquellos delgadísimos tipos, agitanados; el taconeo de la bailaora, el rasgueo de las guitarras, la voz de varios participantes del cuadro...

Las luces que rodeaban el local, no demasiado grande, provenían de pequeños candiles; era eléctrica, no obstante. Los asientos, las mesas, eran más bien pequeños, y se abigarraban.

Tras unos instantes de contemplación, Desmond decidió sentarse. Estaba convencido de que Hoyos permanecería bastante rato en el local.

Había muchas mesas ya ocupadas, con gente que esperaba pasarlo bien, y que jaleaba a Gracia de Córdoba.

La atmósfera, a aquel ritmo, sería irrespirable dentro de media hora, pero nadie parecía reparar en el detalle. Desmond, ignorándolo también, se sentó en una sillita, frente a una mesa redonda, rústica, con el candilito encima. Chocaba un poco, con el espectáculo ver a aquellas camareras, todas jóvenes, con bastante que enseñar y enseñándolo; algunas eran mulatas y mostraban sus blancos dientes al sonreír. La que sirvió a Desmond una caña de amontillado casi se desencajó la boca, sonriendo al máximo, cuando recibió dólar y medio de propina.

Por su parte, Desmond estuvo observando las pequeñas puertas

situadas a los lados del escenario, si bien fingía prestar gran atención al espectáculo.

—¿Puedo?

El hombre del F.B.I., miró, como distraído, a su izquierda.

Luego, empezó a ponerse en pie, mostrando una gran: sorpresa; incluso debía ser grata, puesto que sonreía, como incrédulo.

—Luz... —musitó.

La espléndida morena mostraba los blancos dientes en su sonrisa, ligeramente irónica. Se sentó, tras que Desmond le hubo retirado la silla; dejó el bolso sobre la mesa y el chal blanco en el respaldo del asiento. Sus hombros, perfectamente torneados, quedaron al descubierto; morenos, de piel brillante; su hermoso busto destacaba, bien siluetado por el minivestido amarillo.

—No sabía que a los norteamericanos les entusiasmaba el flamenco español, Desmond —dijo Luz.

—¿Ya ti?

—Es más lógico; mi ascendencia es más o menos española.

—Es cierto... De todos modos, esto tiene... ¿cómo diría yo? —vacilaba Desmond.

—«Duende». Los españoles le llaman «duende».

—Perfecto, eso es. Estás muy hermosa, Luz.

—Muy amable —sonrió ella—. No hace demasiado tiempo que nos vimos. ¿Recuerdas?

—¡Cómo no...! —sonrió, a su vez, Desmond—. Te fuiste sin despedirte.

Ella rió quedamente.

—Fue una huida vergonzosa, lo admito; aquella zona del Caribe resultaba inflamable para mí. No conseguí engañar al F.B.I

Se había acercado una de las camareras y Luz afirmó que le encantaba el amontillado, así que le sirvieron un vasito, como a Desmond. Ella sorbió un poco, y luego abrió el bolso, extrayendo el paquete de cigarrillos, y el encendedor, iba a encender, pero Desmond se anticipó con el suyo.

—Permíteme —pidió.

Luz aceptó la llamita, sonriendo. Luego, dijo:

—¿Temes que te fotografíe?

—Más bien sí. Soy algo feo, en absoluto fotogénico —replicó Desmond.

—Te tratas muy mal, Desmond. Eres un hombre atractivo.

—Gracias por tu opinión. Dime: ¿qué hace aquí un miembro del servicio secreto cubano? —inquirió, de pronto Desmond.

Luz encogió los hombros.

—Noche en blanco —dijo—. ¿Y qué hace aquí un agente del F.B.I.?

—Aquéllos eran otros tiempos, Luz.

—¿Otros tiempos? ¿Qué quieres decir?

—Ya no pertenezco al F.B.I.

—Vaya... Es una sorpresa, Desmond... Entonces, no somos enemigos.

—Por supuesto que no, Luz.

—Me alegro; de veras que me alegro —suspiró la hermosa morena—. Ya lo fuimos una vez, y escapé por pura suerte. Por fortuna también, era un asunto en el que estaba prohibido que corriera la sangre; había que emplear la diplomacia... y tú venciste.

—¿Me guardas rencor?

—¡No...! —rió Luz—. Unas veces se gana y otras se pierde.

—Así es.

En aquellos momentos, el espectáculo terminaba, cesaron los rasgueos de guitarra, los «¡Olés!», las palmas los taconeos, y a todo ello sucedió la ovación del público. Se retiraron los componentes del cuadro flamenco empezaron a aparecer en el escenario los instrumentos electrónicos de los «Delta's Boys». Casi sin solución de continuidad.

Ocurrió algo más. De una de aquellas puertas, de la situada a la derecha del escenario, concretamente, hizo su aparición un hombre. José Horacio Hoyos, encendiendo un cigarrillo, fue sorteando las mesas, dirigiéndose a la salida.

Ni Luz ni Desmond aparentaron el menor interés por aquel hombre. Ni siquiera se miraron entre ellos, para intentar captar el auténtico interés que cada uno sentía por Hoyos. Éste desapareció, por fin.

—¿Buscas trabajo, Desmond? —inquirió Luz de pronto.

—No. Y hay más: muy poca gente sabe que me encuentro en Caracas. Mi salida del F.B.I., no fue muy digna que digamos...

—¿Y estás oculto aquí?

—Pues... ésa era mi intención: ocultarme. Creo que no lo he

conseguido del todo.

Luz sonrió.

—¿Temes que te delate al F.B.I.?

Desmond se encogió de hombros.

—Temo que aparezcan obstáculos en mi nuevo camino, sólo eso.

—Es curioso... Creo que te comprendo. Alguna vez he pensado que yo puedo hallarme en esta situación cualquier día... Es un riesgo que corremos: vernos obligados a huir y ocultarnos.

—Pues ve meditando sobre ello, Luz.

—¿Te marchas? —inquirió Luz.

—Creo que es lo mejor. Tú debes estar trabajando.

—Te aseguro que...

—¡Es difícil que me engañes, Luz! Conmigo pierdes el tiempo y puesto que no somos enemigos, no quiero que luego tengas que lamentarlo. Yo no intereso; ya no soy nadie.

—¿Y si yo no te creyera del todo? —inquirió Luz.

—Eso no cambia las cosas. Me creas o no, conmigo pierdes el tiempo. Buena suerte, Luz.

Ella le miraba a los ojos, pero era imposible penetrar más allá de la primera capa de las negrísimas pupilas de Desmond Parker. De todos modos, Luz no hizo nada por retener a Desmond, quien tras la breve despedida, echó a andar hacia la salida, muy atento a cualquier otra cara conocida del servicio secreto cubano. No vio a nadie, e instantes más tarde estaba en la calle, solitaria.

Echó a andar, sin la menor preocupación aparente, observando en primer lugar que el «Buick» de Hoyos no estaba.

Por lo demás, la presencia de Luz en «El Candilito» se prestaba a muchas teorías; una de ellas, sin analizar más, era que cabía la posibilidad de que la traición sufrida por el F.B.I., en el asunto Paxton-Van Eesteren hubiese partido de «El Candilito». Por tanto. Hoyos empezaba a adquirir cierto relieve como probable traidor al F.B.I.

Caminó más de trescientos metros, sin notar ser seguido. Por supuesto, no esperaba que Luz se lo hubiese creído todo, ni nada, pero la había sorprendido con aquella salida rápida. Por otra parte, parecía claro que al F.B.I., le estorbaba la presencia de agentes cubanos y a éstos, sin duda, la presencia del F.B.I.

Por fin, Desmond, en el cruce de las calles Santa Bárbara y la

Este, tomó un taxi. Previamente, Desmond había consultado un pequeño aparato acoplado a su reloj pulsera.

—Hacia Altagracia —dijo.

Acomodado en el interior del taxi, encendió un cigarrillo.

Consultó de nuevo el reloj. Bien... todo parecía indicar que Hoyos se dirigía hacia su propio domicilio, que, según datos en poder del F.B.I. radicaba en la calle Amadores.

Quizás aquella persecución no era más que una forma de perder el tiempo.

En todo caso, podría regresar a «El Candilito», actuando con discreción; la que imponía la presencia de Luz Olalde.

CAPÍTULO III

EN cuanto José Horacio Hoyos se hubo metido en el «Buick», frente al volante, tuvo el primer indicio de que no estaba solo en el coche. Casi con delicadeza la punta del silenciador acoplado a una automática le acarició la nuca. Luego, sonó una voz, un poco áspera.

—Hacia su casa, Hoyos. Nos parece un lugar bastante discreto. Es preferible que no trate de realizar alguna jugada; somos dos hombres, armados ambos y estamos detrás de usted. En marcha.

Hoyos había palidecido bruscamente.

Trató de ver algo por el espejo retrovisor, pero sólo veía medias caras en sombras; rostros que, por otra parte, no le decían nada; le resultaban desconocidos los rasgos y la voz del que había hablado.

—¿Quiénes son...?

—Tendremos tiempo incluso para las presentaciones, Hoyos. ¿Por qué no? A todos nos interesa aclarar ciertos extremos.

Hoyos, entonces, optó por obedecer. Puso el «Buick» en marcha. Oyó la nueva orden.

—No hay tránsito ahora; ruede rápido. Hoyos.

Acceleró y tardó sólo unos minutos en llegar al barrio de Altagracia, y de allí, a la calle de los Amadores, situada casi al final del barrio; es una calle empinada, no muy ancha, compuesta por casas de dos plantas como máximo, separadas entre sí por jardines, muchos de ellos bastante frondosos; había luz en algunas casas y en la calle, pero todo parecía suficientemente discreto.

Hoyos dirigió el coche hacia el garaje, situado en la planta de la casa; siempre vigilado por aquellos dos hombres. Hoyos abrió la puerta y maniobró para entrar en el garaje, a oscuras, con la luz de los faros tan sólo. Luego, siguiendo las indicaciones de los dos

hombres. Hoyos encendió la luz del garaje tras cerrar la puerta y quedó ante ambos, mirándoles inexpresivamente. Había tenido tiempo para reflexionar, pero lo peor era que no llegaba a conclusión alguna.

—¿Y bien? —empezó—. ¿Qué...?

—¿Dónde tienen a Van Eesteren con las muestras y los documentos? —Inquirió uno de aquellos dos hombres, grueso, no muy alto, con facciones muy acusadas.

Hoyos se humedeció los labios.

—Deben estar equivocados —musitó—. No conozco a...

—No se preocupe. Hoyos; nosotros le haremos recuperar la memoria. Suba. Por esa puerta ¿no?

—Sí, da a la vivienda.

—Magnífico. Adelante, entonces. Y váyase desnudando por el camino. Va a tomar un baño; de todos modos, puede ahorrárselo si nota que los recuerdos van llegando a su cerebro.

Hoyos no despegó los labios; abrió la puerta. Una escalera de caracol permitía el acceso a la vivienda, situada en la segunda planta, sobre el garaje. Por su parte, el hombre que parecía llevar el peso del asunto, se limitó a hacer una seña al otro, quien recogió algo del suelo; algo que estaba en un rincón del garaje. Luego, ambos siguieron a Hoyos quien, siempre obedeciendo, se estaba quitando por el camino la chaqueta, la pajarita, la camisa...

Llegaron al dormitorio de Hoyos, única pieza de dormir de la casa, reducida, pero bastante cómoda. Anexo, estaba el cuarto de baño. El propio Hoyos iba encendiendo las luces; se metió en el cuarto de baño, empujado por el tipo grueso y fuerte, aún con pantalones y calzado.

—Desnudo, Hoyos. ¿O usted se baña vestido?

—Está bien, pero obedezca. Eso es... Desnudo. No se sienta humillado. Raúl y yo no nos fijamos en ciertas cosas. Ahora, siéntese en el borde de la bañera, con los pies dentro. Eso es... Usted es muy dócil. Hoyos; muy tratable. Sólo tiene un pequeño defecto: es desmemoriado... ¿O quizás ya recuerda algo sobre Van Eesteren?

—No sé...

—Abra el grifo del agua caliente.

Hoyos no se movió; quiso girar un poco para calcular sus

probabilidades, quizás, pero Raoul entró en acción, entre las manos tenía la cadena que había recogido en el garaje; y con ambas manos sujetando uno de los extremos, soltó un tremendo trallazo a la espalda de Hoyos. Éste se arqueó soltando un gemido de dolor; el segundo golpe, entre espalda y nuca, le lanzó hacia los azulejos de la pared, quedando de rodillas en la bañera.

Entonces, Cipriano abrió el grifo del agua caliente.

Tardó un poco en salir el agua humeante, a unos ochenta grados centígrados de temperatura y chamuscó la frente y el rostro y parte del pecho de Hoyos, quien trató de retirarse, con un grito, pero la cadena manejada por Raúl entró de nuevo en acción, marcándole en escarlata los eslabones en la espalda. Hoyos quedó de nuevo bajo el chorro torturante.

—¿Y bien, Hoyos?

—¡No lo sé...!

—¿Admite recordar a Van Eesteren?

—¡Sí, sí, sí...!

Cipriano Rodero cerró el grifo.

Hoyos, jadeando, chorreando agua, notando monstruosos latidos en los puntos golpeados, así como en toda la zona sobre la que había caído el agua casi en ebullición, estaba de rodillas aún, inmóvil, encogido.

En aquel instante, Cipriano, en un bolsillo de su chaqueta, percibía un zumbido. Introdujo la mano en el bolsillo, extrayendo un aparato de radio.

—¿Sí, Luz? —inquirió.

—Atención, Cipriano, no he podido llamar antes; tenía junto a mí a un agente del F.B.I. Ha salido hace unos minutos y temo que os haya descubierto y seguido.

—Pues tranquilízate. Estamos seguros de no haber sido seguidos por nadie —fue la respuesta de Cipriano.

—Por favor... Se trata de un agente del F.B.I. Ha podido emplear cien trucos distintos para seguirs sin ser notados. En realidad, se interesa por Hoyos... No mostró prisa en salir tras él, por lo que deduzco que de algún modo puede ejercer control sobre los movimientos de Hoyos. Por ende, sobre los vuestros.

—Repito, Luz, que no hemos sido seguidos por...

—Reflexiona. El F.B.I., lo mismo que nosotros, ha llegado a la

conclusión de que tiene un traidor en su red en Caracas. El F.B.I., está tomando sus medidas, como es natural. A nosotros no nos interesa un tropiezo con ellos. Por tanto, lo sensato es salir de ahí con Hoyos. De todos modos, comprobad si en el coche de Hoyos existe algún dispositivo de control que haya permitido al hombre del F.B.I., la persecución a distancia, como sospecho. Y repito: salid de ahí. No nos interesa chocar contra el F.B.I.

—Bien...

—¿Ha confesado Hoyos?

—Empezaba a recobrar la memoria cuando llamaste.

—Es todo. No perdáis demasiado tiempo.

—Espera... ¿Qué hace ella, Hilda Varona?

—Nada.

—¿Sigues vigilando?

—De momento, basta con Hoyos. Corto.

Cesó la comunicación. Cipriano Rodero guardó la radio y miró a Raúl.

—Ve al garaje y registra el coche de Hoyos. Es posible que encuentres algún control electrónico. Procura hallarlo. Conviene saber a qué atenerse en todo momento.

Raúl, sin despegar los labios, salió del cuarto de baño. Descendió por la escalera de caracol, abrió la portezuela que comunicaba con el garaje y cuando iba a encender la luz, una mano rodeaba su muñeca, inmovilizándole, y recibía, casi sin transición un durísimo golpe en el cuello, asestado con el cañón de una automática. Raúl notó que se le doblaban las piernas, cuando recibió el nuevo golpe, en el centro de la coronilla, se desplomó, quedando a los pies de Desmond Parker.

El hombre del F.B.I., a oscuras, con sólo la luz que llegaba de arriba por el hueco de la escalera de caracol, se inclinó, para tocar a Raúl, comprobando por la lentitud de la respiración que permanecería sin conocimiento bastante rato.

Empezó a subir entonces, sin producir el menor ruido. Llegó a la planta, y pudo guiarse fácilmente por la luz que brotaba del dormitorio de Hoyos. Oía una voz, que bien podía ser la de Hoyos; no obstante, no entendía lo que Hoyos decía. Finalizó su avance, penetrando en el cuarto, con la automática en la diestra, trazando un arco.

Se llevó la primera sorpresa al oír la voz a su espalda:

—Siga de espaldas, Parker... El mundo es una diminuta nuez... Ahora, alce las manos; eche hacia atrás la derecha, con lentitud, así. Ahora, permítame que recoja su pistola... Ya puede volverse.

Y Cipriano Rodero sonreía, mientras guardaba el arma de Desmond en un bolsillo de su chaqueta. Por su parte, el hombre del F.B.I., con nula expresión en su rostro, se limitó a mirar su reloj de pulsera. Luego, miró a Hoyos, que se estaba vistiendo, cerca del armario empotrado del cuarto; Hoyos permanecía silencioso, muy pálido, por lo que contrastaba mucho el enrojecimiento que el agua a 80.º había causado en su piel.

—En verdad, esto más bien parece una reunión de antiguos amigos, Cipriano, —dijo por fin, Desmond—. Primero, Luz. Luego, Cipriano... ¿Hay más?

—¡Basta ya! —Le gritó, necesitando dar escape a sus nervios—. ¡No!

—Tal vez. Lamento esta situación, Parker, créame. Usted tiene que morir sin más. Nos estorba. Le hubiésemos dejado en paz de no habernos controlado.

—Bueno... coincidimos, entonces —sonrió Desmond—. Yo estaba pensando dejarles a ustedes al margen de este asunto. Pero es difícil, ya que por esta vez, los agentes cubanos y el F.B.I., tenemos algo en común: hemos sido engañados, traicionados por personas consideradas como amigas.

—Muy cierto, Parker... Y buscamos lo mismo, además.

—Eso me temo.

—Hace bien, Parker. Esta vez seremos nosotros quienes nos anotaremos el triunfo.

—Es dudoso; muy dudoso, Cipriano.

—¿De veras? ¿Por qué razón?

Desmond se encogió de hombros.

—No es difícil de explicar —dijo—. Pongamos que existe una gran No sólo te has llevado mi mejor colaboradora y has mantenido a todo mi personal.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. Yo... soy un espía nato, Cipriano. Usted en cambio, no es más que un advenedizo en la profesión. Conozco su historial. Usted fue un jefe de policía, acostumbrado a tratar con

delincuentes comunes, hasta que el ministro de Seguridad de su país decidió que podía servir como miembro del contraespionaje cubano; pienso que se equivocó. En el espionaje, la crueldad es estúpida; a nada conduce.

—¿Lo dice por haber maltratado a Hoyos?

—Puedes imaginártelo. Los mismos que andan tras Ozkan. Quizá.

—Era necesario. Se resistía.

—Ya... ¿Y ha confesado?

—Iba a hacerlo —dijo Cipriano.

Intervino Hoyos, entonces.

—Se equivoca... —musitó—. Sólo iba a reconocer que conozco el caso de Van Eesteren. De eso a confesarme traidor al F.B.I., media un abismo...

Cipriano achicó los ojos; en aquellos instantes, daba la razón a Desmond, ya que el cubano mostraba una cruel expresión en su basto rostro.

—Creo que deberíamos puntualizar —dijo, por fin, Cipriano—. Seré breve, puesto que conocemos parte de los hechos. Primero: llega a Caracas un hombre pagado por Cuba para obtener ciertas muestras y unos documentos muy interesantes para nosotros. Este hombre es Van Eesteren. Se interpone el F.B.I., y convierte a Van Eesteren en un agente doble, con perjuicio para Cuba. Es el F.B.I., quien logra los servicios de Van Eesteren y el F.B.I., quien prepara todo lo relacionado con la llegada de éste. Tenemos por tanto que Van Eesteren ha traicionado a Cuba. Y tenemos que Van Eesteren desaparece, traicionado, a su vez, por un enlace del F.B.I. Ese enlace es usted, Hoyos. Por tanto, es usted quien tiene todos los datos que nosotros necesitamos conocer. Lo demás, no interesa. Son brozas en el camino.

—Se refiere a mí —sonrió Desmond.

Y el hombre del F.B.I., miró de nuevo su reloj de pulsera.

—¿Tiene alguna prisa especial, Parker? —inquirió Cipriano.

—Es la costumbre.

Volvió a hablar Hoyos en aquellos momentos.

—Tengo que insistir en que no soy ese traidor que ustedes buscan... —dijo.

Desmond le miró, sonriente.

—No se complique la vida, Hoyos —dijo—. Si Cipriano llegase a creerle, usted quedaría en la misma situación incómoda que yo, puesto que a Cipriano sólo le interesa la gente útil. Y si usted no es ese traidor, no es útil.

Hoyos pareció un poco desconcertado.

—¿Quiere que admita que soy el traidor, Parker? —inquirió.

—Hágalo.

—Pero...

—Basta —cortó Cipriano—. ¿Por qué mira tanto su reloj de pulsera Parker? Si cree que el tiempo corre en su favor, se equivoca... Voy a matarle ahora mis...

Ocurrieron, simultáneamente, dos cosas. Primero, fue Desmond quien, muy seguro de lo que hacía, cronometrado a la décima de segundo, despreció la posibilidad de un balazo, y se arrojó al suelo, rodando sobre sí mismo, protegiéndose la cabeza con ambas manos, hasta llegar a un rincón de aquella estancia.

En efecto, le persiguió una bala; sólo una, que no le alcanzó.

Y la segunda cosa que ocurrió fue una tremenda explosión, seca, que tuvo lugar justo en el bolsillo donde Cipriano había guardado el arma que le había arrebatado a Desmond. Tras la explosión, el grito de Cipriano, quien estalló, reventó, saltando por el aire como un muñeco de trapo, para luego caer al suelo, a tres yardas de distancia, lleno de sangre y con algunas mutilaciones, sobre todo en la zona abdominal, que más bien movían a las náuseas.

Por fin, volvió el silencio, la calma. Desmond, ya en pie, miró hacia donde estaba Hoyos, con gruesas gotas de sudor en la frente, acucillado, sin más daño aparente que la tortura anterior.

—¿Se siente bien, Hoyos? —inquirió Desmond.

—Sí...

Desmond, entonces, se acercó al cadáver de Cipriano; le miró con una sonrisa torcida. Musitó:

—No es lo mismo la crueldad que la ferocidad, Cipriano. Ahora ya debes comprender esto y otras cosas. Tú hubieras seguido siempre un auténtico policía de éstos a los que llaman perros... Y de eso a un espía, hay mucha diferencia...

Se inclinó, y tomó el arma que había dejado escapar Cipriano; comprobó su correcto funcionamiento y la guardó en un bolsillo.

—Hay que salir de aquí, Hoyos —dijo—. Por la explosión, y por

otras causas. ¿Conoce algún lugar discreto?

—Sí...

—Acabe de vestirse.

Hoyos obedecía, en silencio.

—Parker... —murmuró por fin—. Le aseguro que no soy ese traidor a quien buscan...

—Ya hablaremos de eso. Hoyos. Salgamos de aquí ahora.

—Pero yo...

—No perdamos tiempo. Al garaje.

Hoyos pareció vacilar, pero optó por obedecer a Desmond. Bajaba Hoyos en primer lugar vigilado por el hombre del F.B.I. Por otra parte, Desmond miró a Raúl, que seguía inmóvil en el suelo. Hizo una seña a Hoyos y éste musitó:

—No podré conducir... Necesito un doctor, Parker...

—Yo conduciré, entonces.

Raúl pasó al asiento delantero derecho y Desmond se situó frente al volante, tras haber abierto la puerta del garaje. Puso el motor en marcha, dispuesto a realizar la maniobra hacia atrás, pero, de pronto, dio las luces largas del coche, y los faros se encendieron, atrapando con su luminosidad a Raúl, que se había incorporado, con una automática en la diestra.

Por supuesto, de inmediato, Desmond desistió de iniciar la maniobra con la marcha atrás, lo que hizo fue lanzar el coche hacia adelante, en dirección a Raúl, que estaba deslumbrado, atrapado, de rodillas... El poderoso «Buick» lanzado con potencia, arrolló a Raúl, le lanzó contra la pared, aplastándolo. Y los faros seguían recogiendo a Raúl que estaba en el suelo, extrañamente doblado, con los ojos abiertos y la frente llena de sangre.

Siempre en silencio, el hombre del F.B.I., inició entonces la maniobra correcta.

Miró a Hoyos, y le notó al borde del desmayo.

—Guíeme, Hoyos —pidió.

—¿Conoce la... la Urbanización Dey Ber...?

—Hacia el sudeste, creo. Es un poco lejos.

—Tengo... un pequeño chalet allí...

—Está bien.

Hoyos se sentía peor por momentos; los golpes de cadena resultaban más soportables que el escozor ardiente de las zonas del

rostro, cuello y pecho, que habían recibido el agua caliente; zonas enrojecidas, con mal aspecto; quemaduras que podían complicarse. Y Hoyos, tirado en un sofá, en el saloncito del pequeño chalet, estaba mirando a Desmond.

—¿Qué... qué va a hacer, Parker...? —musitó.

—Evidentemente, Cipriano tenía razón: el F.B.I., ha sido traicionado por uno de sus enlaces en Caracas. De ahí mi llegada sin previo aviso a Robreño. Y de ahí mi vigilancia en «El Candilito». Por algo tenía que empezar... y puede decirse que he tenido suerte. Veamos, Hoyos: aclare la coincidencia de que Cipriano y yo estuviéramos sospechando de usted como traidor.

Hoyos negaba con la cabeza.

—Jamás se me habría ocurrido hacerlo, Parker... Tiene que creermelo...

Desmond le miraba con fijeza.

—Hoyos... usted habrá comprendido que soy un hombre de recursos. Por ejemplo, lo ocurrido con Cipriano. Mi pistola especial llevaba acoplada una bomba de tiempo, que conecté en el instante en que me arrebató el arma. De ahí mis miradas al reloj, para saber el momento justo de salvarme de la explosión. Bien: quiero que sepa que yo mismo soy una bomba de tiempo. Existe un límite para mi estallido.

—Parker, le aseguro que yo...

—He querido decir que puedo agotar mi paciencia, y exploto, Hoyos.

Hoyos seguía negando con movimientos de cabeza.

Yo no soy el traidor, Parker...

—¿Quién, entonces?

—¿Cómo saberlo? —masculló Hoyos.

—¿Robreño, Lyra, Hilda?

—No sé...

—Pero más bien Hilda, ¿no es así? Lo digo por la concentración cubana en «El Candilito». ¿Hilda?

—Me duele tener que sospechar de ella...

—¿La ama, Hoyos?

—Lo personal no tiene...

—Todo influye. Hoyos. Usted ama a Hilda, y de ahí que se niegue a reconocer su probable traición.

—Cabe... Cabe, Parker... Está bastante rara últimamente..., Yo admito que no soy un hombre muy brillante; más bien he fracasado hasta cierto punto. Se está distanciando cada vez más de mí... Me echa de su lado...

—¿Ella conocía los planes que trazó Paxton para recibir a Van Eesteren?

—Sí... Como todos nosotros...

—Entonces, Hilda pudo actuar por su cuenta, sobre seguro, y apoderarse de las muestras y los documentos...

—No lo sé... Lo cierto es que desde entonces las relaciones entre nosotros cuatro, Hilda, Robreño, Lyra y yo, son más bien tensas. Tenemos una... sensación de fracaso, de peligro... Y confesaré de una vez que yo he llegado a sospechar la traición de uno de nosotros. Y lo mismo, supongo, ha ocurrido con los demás.

—Entiendo.

—No obstante, Parker, hay algo que no acaba de encajar... Suponiendo que haya sido Hilda ¿por qué sigue en Caracas, en «El Candilito» en Jugar de haber huido lejos, con muestras y documentos que, según tengo entendido valen mucho dinero?

—Tal vez trate de huir una vez haya realizado la venta de todo eso a alguien —dijo Desmond.

—Es posible... Entonces ¿lo tiene ella?

—Si nos traicionó Hilda, lo más probable es que las muestras y los documentos obren en su poder.

—¿Y... si se comprobase, Parker?

—¿Cómo?

—No sé... Un registro, por ejemplo...

—Eso no conduciría a nada; puede tenerlo bien oculto.

—Sí... Se supone que debe ser así... —musitó Hoyos.

Desmond le miró con fijeza unos instantes.

Luego, fue hacia el teléfono, y descolgó.

Antes de marcar un número que sabía de memoria, inquirió:

—¿Conoce Robreño este lugar, Hoyos?

—Desde luego...

—Bien.

Marcó el número, entonces, y esperó unos quince segundos antes de oír la voz:

—¿Sí?

—¿Es usted Robreño?

—Sí, diga.

—Desmond Parker; escúcheme con atención.

Por espacio de un par de minutos, Desmond estuvo hablando sin sufrir interrupción alguna. Terminó de hablar, colgó el teléfono, y encendió un cigarrillo, reflexionando sobre la situación.

CAPÍTULO IV

LA llegada de Robreño y Lyra al chalet fue discreta, silenciosa. Ya estaban reunidos los cuatro hombres en el saloncito. Robreño, un hombre de cabello y ojos grises, de mirada inteligente, se hizo cargo de la situación, tras las breves palabras del hombre del F.B.I. Lyra, un hombre joven, discreto, parecía mudo hasta el momento.

Robreño inquirió, mirando a Desmond a los ojos:

—¿También sospechó de mí, Parker?

—En absoluto —mintió, diplomáticamente, Desmond.

—¿Por qué no me puso al corriente de su llegada, entonces?

—No quise ponerles nerviosos, eso es todo.

—Bien... ¿Qué cree que debemos hacer, ahora?

—Por el momento, hay que atender a Hoyos; las quemaduras son peligrosas. ¿Conocen a algún médico de confianza?

—Desde luego —dijo Robreño.

—Solucionado ese punto, vayamos a otro, también importante. Desaparezcan por ahora, de la tienda de filatelia. No sabemos cómo puede reaccionar Hilda. Tengamos en cuenta que el trabajo no lo hizo ella; debió organizarse con gente para llevar a cabo la operación, a la salida del aeropuerto. Interesa, pues, que ella desconozca el paradero de ustedes.

—Conoce todos nuestros refugios, como es natural —dijo Robreño.

—Entonces, busquen otro. No es difícil, supongo.

—No... No lo creo.

—Una vez se hayan instalado, deberán comunicarme sus señas —dijo Desmond—. Pueden dejar el recado, cifrado, simulando una especie de factura, en el hotel «Cajigal» a mi nombre. Yo lo recogeré. Ahora, urge ocuparse de Hoyos.

—¿Y usted, Parker? —inquirió Robreño.

—Prepararé mi actuación.

—¿No cuenta con nosotros?

—Por supuesto, si fuese necesario; de ahí que pida sus señas, una vez se hayan instalado.

—Pero no nos deja conocer sus planes.

—No están definidos aún, y...

—Déjelo, Parker —cortó Robreño—. En realidad, su actitud es comprensible... Desconfía de nuestra eficacia, ya que no de nuestra lealtad, al parecer. Debo admitir que mi red no es demasiado importante, ni contamos con excesivos medios. Pero aun así, soy quien más lamenta la existencia de un traidor entre nosotros... Como sea, seguiré sus instrucciones; buscaré un refugio y le haré llegar las señas. Pero... aún quiero decirle algo más: ¿no pudo hacerlo Van Eesteren?

—Es muy dudoso.

—¿Por qué?

—Van Eesteren tiene una hija inválida en un punto de Sudamérica que yo desconozco; pero ese punto consta en los Archivos del F.B.I., y como es lógico. Van Eesteren debería temer nuestras represalias; con su hija no puede ir muy lejos; sabe que le encontraríamos. Estoy seguro de que en ningún momento la idea de traicionar al F.B.I., ha pasado por la mente de Van Eesteren.

—Traicionó a Cuba.

—Nosotros pagamos más, eso es todo. Medio millón de dólares, por anticipado, que fue dejado en manos de Claudia Van Eesteren. Y las últimas noticias llegadas a Washington, media hora antes de mi salida, confirmaban la presencia de esa muchacha en el punto conocido. Por consiguiente. Van Eesteren queda eliminado como sospechoso; del mismo modo, elimino de modo muy personal de esa corta lista a Paxton. Quedaban los miembros de la red; por selección, fui a «El Candilito». ¿Alguna otra duda?

—No... Ninguna. Sólo quiero que sepa algo: nosotros desconocemos en qué consisten esas muestras y no tenemos idea de qué tratan esos documentos. Ante ello, se hace incluso difícil pensar que Hilda...

—Pudo enterarse.

—Es posible —asintió Robreño—. Pero ha de ser algo muy

valioso; de otro modo, la decisión de Hilda no hubiese valido la pena.

—Todo es importante y de valor económico difícil de discernir en estos momentos. No existe razón alguna por la que deban seguir ignorándolo: las muestras son, simplemente, uranio enriquecido por nuevos procedimientos. Es decir... nuevos en Europa. El método de enriquecimiento por centrifugación a gas, ya se empleó, aunque sin éxito, en Estados Unidos, no mucho después del final de la Segunda Guerra. Insisto: sin éxito. Ciertos países europeos, en colaboración, parece ser que han obtenido un éxito rotundo; por tanto, las muestras son de uranio enriquecido por esos procedimientos. En cuanto a la documentación, es fácil de imaginar...

—Entiendo —dijo Robreño—. Se supone que esos documentos aportarán todos los datos relativos al proceso de ese enriquecimiento.

—Exacto. La centrifugación se efectúa en unas calderas, y en los documentos existe un diseño del complejo, como, asimismo, material de construcción de las calderas, número que se emplea, y combinación de las mismas, para que el centrifugado surta efecto. Asimismo, consta la velocidad de rotación de esas calderas, muy elevada, ciertamente. También las cantidades adecuadas de hexafluoruro de uranio fisiónable que se ha de enriquecer al mismo tiempo, y, por último, manutención, exigencias técnicas, de todo ese complejo, para evitar cualquier fallo o accidente.

Robreño asentía con movimientos de cabeza.

—Supera lo que yo había imaginado... —musitó—. Entonces... ¿valen mucho dinero esas muestras?

—Intrínsecamente, no lo creo. Cinco o diez mil dólares. Es simplemente, una muestra de uranio enriquecido, para comprobación. Lo que resulta valioso y de fácil, facilísima venta, son los documentos cuya posesión, a cualquier país, le permitiría construir ese complejo de enriquecimiento de uranio.

—Tal vez a un coste prohibitivo...

—No lo sé. Unos cuarenta millones de dólares. Sin embargo, es una inversión de cuya rentabilidad nadie podría dudar. Ese país se encontraría, de pronto, con grandes cantidades de uranio enriquecido, que podría servir para fabricar un auténtico arsenal atómico, o tal vez, vender ese uranio a otros países. Como sea, nos

preocupa la posibilidad de que, en muy poco tiempo, el arma atómica sea propiedad de todo el mundo, incluidos pequeños países muy inclinados al belicismo.

—Comprendo, Parker... Y como primer ejemplo, Cuba. Ha querido disponer de esa posibilidad de obtener grandes cantidades de uranio enriquecido.

—Exactamente. Agentes cubanos se pusieron en contacto con Van Eesteren.

—Pero el F.B.I., pudo anotarse el éxito —dijo Robreño.

—Parcial tan sólo. Hemos perdido las muestras y los documentos, y corremos el riesgo de que algún país adquiera esos conocimientos. Y eso es lo que se trata de evitar.

Robreño parecía dubitativo.

—No sé... ¿Cómo pudo Hilda enterarse de todo eso? —musitó.

Desmond se encogió de hombros.

—Ya lo averiguaremos —dijo—. Ahora, Robreño, debemos salir de aquí. Sean discretos. Hemos causado bajas en los agentes cubanos, pero aún no está soslayado todo el peligro. Es natural que ellos insistan en obtener esos documentos. Y están tan cerca de Hilda, que debo actuar con rapidez, con la máxima posible. ¿Algún inconveniente para el traslado de Hoyos?

—Ninguno. Nos ocupamos de eso, Parker —dijo Robreño.

—De acuerdo...

Desmond había marcado un número de teléfono. La respuesta fue una voz femenina, un poco pastosa, pero agradable:

—¿Sí?

—Escúcheme atentamente, señorita Varona. Dentro de veinte minutos, es decir, a las doce y quince, la espero en la pensión de «Lis» de la calle Hollada.

—Un momento, señor, un momen...

—Déjeme terminar de hablar, se lo ruego. Cuando abandone «El Candilito», adopte toda clase de precauciones, al objeto de descubrir si es seguida. Y no creo que debamos seguir hablando por teléfono; lo haremos personalmente.

Hubo una pausa. Se oyó, por fin, la voz recelosa de Hilda:

—¿Quién es usted?

—Bano Gorespi; no espero que mi nombre le diga nada.

—¿Y por qué han de seguirme y quién?

—Podría explicárselo con todo detalle, pero sólo sería una pérdida importante de tiempo.

—¿Por qué cree que he de acudir a esa cita?

—Tal vez porque dispongo de un millón de dólares.

De nuevo se hizo una pausa.

Y la voz de Hilda:

—¿Cree eso suficiente para convencerme? ¿Por qué no viene usted a «El Candilito»?

Desmond rió brevemente, y dijo:

—Se lo diré: me disgustan los tropiezos con agentes del servicio secreto cubano. Ha tenido su local lleno, señorita Varona. Queda aún cierta representación; una mujer. Se llama Luz Olalde. O tal vez haya salido ya. Estuvo sentada en la sexta mesa de la fila izquierda, bajo el candil grande de ese lado. Morena, hermosa... ¿La vio?

—Sí... ¿Y cómo sé que no me...?

—Señorita Varona: yo estoy tratando de negociar. Mi tiempo vale dinero; y los riesgos innecesarios no me agradan. Acepte esta cita, y llegaremos a un acuerdo, estoy seguro.

—¿Está solo, señor Gorespi? —musitó Hilda.

—Por supuesto. No tema trampa alguna por mi parte; repito: cerciórese tan sólo de que no es seguida.

—Bien...

—A las doce y quince minutos.

Y el hombre del F.B.I., colgó el teléfono.

Encendió un cigarrillo, y se acercó a la ventana de aquel cuarto que había alquilado, en plan de emergencia, en una sombría pensión de la calle Hollada; la calle era estrecha, casi en el centro de la parte más antigua de Caracas. El ambiente era tranquilo, con la calle solitaria, con un alumbrado más bien eficiente. En sí, la pensión era más bien un refugio para cierta clase de parejas, pero ello tenía sin cuidado a Desmond; más bien le convenía.

Fumó un par de cigarrillos, mirando de vez en cuando su reloj de pulsera; a las doce y veinticinco, empezó a creer que aquella cita por teléfono no había surtido efecto. No obstante, segundos más tarde se convencía de su error: habían llamado a la puerta.

Fue a abrir; lo hizo con una leve sonrisa, mirando a los ojos a aquella mujer enmarcada en la puerta, que tenía una mano metida en el bolso, y miraba con mucha fijeza a Desmond.

—Entre —dijo Desmond.

Ella aún vaciló un poco.

—Supongo que se ha asegurado de no haber sido seguida.

Hilda Varona, por fin, entró en el modesto cuarto.

En ningún momento retiraba la mano del interior del bolso. Pareció tranquilizarse un poco al observar que Desmond estaba solo.

—Ya no estaba esa Luz Olalde —dijo, por fin, Hilda.

—Hasta cierto punto, es lógico —dijo Desmond—. Debe estar muy ocupada tratando de adivinar lo ocurrido con sus compañeros Rodero y Raúl. Por cierto... a usted también le interesará saberlo, Hilda: ambos hombres han muerto en la casa de la calle Amadores, de ese Hoyos. Y pienso que Luz Olalde debe andar por allá, investigando. Le dije a usted que tomase precauciones, por si acaso; nunca se sabe. Creo que la tranquilidad de ambos, lejos de la mirada de los agentes cubanos, será mucho mayor. Pero por favor, tome asiento.

Hilda, asombrada, aturdida por aquel aluvión de noticias inesperadas, se sentó, sin dejar de mirar a Desmond, que encendía otro cigarrillo, ofreciendo a Hilda; ésta negó con un movimiento de cabeza.

—¿Cómo sé que todo eso es cierto? —musitó Hilda.

—Podemos ir a la calle Amadores.

—Pero... ¿usted mató a esos cubanos...?

—Dejemos eso —rezongó Desmond.

—Pero... ¿quién es usted?

—Se lo dije: Bano Gorespi.

—¿Para quién trabaja?

—Digamos que para... cierta Federación de países.

—Hable claro.

—A su debido tiempo, Hilda. Vayamos a aclarar un punto —se sentó entonces, tras echar un vistazo a las rodillas de Hilda, juntas—. Yo, como los agentes cubanos, me equivoqué al pensar que Hoyos era el hombre que me interesaba. Por muchos motivos he deducido que es usted la persona a la que busco.

—¿Y qué ha pasado con Hoyos?

—Lo ignoro. Yo salí de allí antes de que las cosas se complicaran demasiado para mí; yo sabía ya a qué atenerme.

—Pero usted...

—Vayamos ahora al grano: tengo un millón de dólaré, como le dije. Es posible que su ambición sea mayor, Hilda, lo cual yo comprendería muy bien, y en este caso podríamos considerar que ese millón de dólares es sólo un anticipo. Usted fije el precio y yo lo estudiaré. No tema que mi respuesta se demore; me interesa una negociación rápida, y salir de Caracas... lo cual le aconsejo a usted también... Sepa que tengo facultades para decidir en ciertos casos y... dispongo de medios a mi alcance. ¿Todo comprendido?

Hilda se iba tranquilizando por momentos. Aquel hombre, por lo visto, no representaba un peligro para ella; por el contrario, la prevenía sobre algo tan peligroso como la presencia de agentes cubanos cerca de ella, lo cual ignoraba... Además, había habido lucha en la calle Amadores... José Horacio, si vivía, sería un peligro más para ella...

—¿Y bien, Hilda? —insistió Desmond.

—Quisiera... reflexionar...

—Hágalo.

—¿Aquí? Preferiría...

—¿Tiene algún lugar más seguro en donde reflexionar?

Hilda llegó a la conclusión de que si José Horacio Hoyos vivía, ella no tenía a disposición ese lugar seguro que necesitaba.

—Creo que no... —musitó—. Pero puedo buscarlo.

—Yo se lo estoy brindando, Hilda.

—Su presencia puede forzarme a una decisión precipitada...

Desmond arqueó una ceja.

—En este caso, puedo dejarla sola aquí.

—¿Lo haría?

Desmond se puso en pie; dio unos pasos por la estancia. Luego, se volvió, mirando con fijeza a Hilda; una mirada larga, escrutadora... Una mirada en la que también apareció el brillo del hombre. En verdad, a Hilda había que mirarla detenidamente. Era alta, bien proporcionada; su cabello era platino, liso, largo hasta los hombros y los ojos oscuros.

Muy cerca ya de los treinta años, Hilda reunía madurez y belleza; sus formas, bien pronunciadas, realzadas, seguían siendo objeto de la mirada de Desmond, ya que Hilda, con su minivestido de punto, se mostraba más bien ahorrativa en cuanto a ropa.

—¿No responde, señor Gorespi? —inquirió Hilda, que soportaba con absoluta estoicidad la mirada de Desmond.

—Podría dejarla aquí, en efecto... Pero quiero su respuesta esta misma noche. Yo no puedo pasear un millón de dólares por toda Caracas, ni dejarme ver por los supervivientes del grupo cubano... Yo también corro riesgos.

—Propone, entonces, que nos quedemos ambos aquí. Le parece más seguro. ¿Es eso? —inquirió Hilda.

—Para ser sincero, sí.

—¿Y tiene aquí, el millón de dólares, Gorespi?

—Sí.

Hilda se humedeció los labios.

—¿Conoce la mercancía a adquirir? —inquirió.

—Extraña pregunta, Hilda —gruñó Desmond.

—Me refiero a si... esa federación de que me habla, conoce el alcance real de todo lo que espera adquirir.

—Tenemos una idea bastante aproximada.

—Ya... Es lógico.

Hilda se sumió en sus reflexiones, sin que el hombre del F.B.I., la interrumpiera. Desmond se limitó a fumar, y a echar de vez en cuando algún vistazo a través de la ventana, sin que en ningún momento observara algo alarmante, lo cual confirmaba sus sospechas de que Luz debía estar muy desconcertada, y terriblemente sola, en presencia de los cadáveres de Cipriano y Raúl. Por tanto, desconectada Luz, y desconectado todos, a excepción del propio Desmond.

—Gorespi... —Oyó el murmullo de Hilda.

—¿Sí? —inquirió, volviéndose a mirarla.

—Diga... ¿qué hará usted si realiza la operación?

Desmond pareció sorprenderse por la pregunta.

—Lo único positivo, Hilda —dijo Desmond—. Desaparecer de Caracas.

—¿Tiene... medios propios de salida, con la suficiente seguridad?

—Hasta ahora, he creído que sí. No comprendo sus preguntas.

—Quiero proponerle algo, al margen de la operación.

Desmond meneaba la cabeza.

—Me temo que... —empezó.

—Por favor, escúcheme —cortó Hilda—. Yo... también quiero huir de aquí. Usted comprende mis razones, estoy segura. Usted afirma que los cubanos me han descubierto. Me he estado preguntando hasta qué punto son más eficaces e inteligentes los agentes cubanos que los del F.B.I. y he llegado a la conclusión de que si existe alguna diferencia, es favorable al F.B.I. Y usted lo sabe: he traicionado al F.B.I. Necesito escapar. Yo... tengo miedo; sola no creo en el éxito. Si los cubanos me han descubierto, el F.B.I. lo hará también.

—¿Por qué no huyó antes? —inquirió Desmond.

—Tenía que presentarse la oportunidad... ¿Qué dice, Gorespi? ¿Puede sacarme de Caracas? Le ofrezco dinero, es claro.

—Realizamos ahora mismo la operación y nos vamos.

CAPÍTULO V

SIN responder, Hilda se estrujaba las manos. Hacía ya rato que había dejado de empuñar la pistola que estaba en el bolso. Y había dejado el bolso en el suelo, a un lado del viejo sillón que ocupaba.

—¿Cuál es la dificultad? —inquirió Desmond—. Fije el precio, y tendrá en el acto, como anticipo, un millón. Salimos de Caracas, con la mercancía, claro está, y ultimamos el trato en el lugar que a usted le parezca mejor.

—Existe esa... dificultad —musitó Hilda.

—¿A qué se refiere?

—No soy yo quien tiene las muestras y los documentos. Desmond empezó a fruncir el ceño; su caracterización era muy leve; sólo un cambio de peinado y de camisa; llevaba un polo negro con el traje gris. Miraba con fijeza, con evidentísimo recelo, a Hilda.

—Usted no tiene la mercancía... Entonces, me he equivocado... —murmuró hosco.

—No, no; no es eso...

—¿Entonces?

—Yo... no trabajé sola...

—En resumen, eso significa que yo debo seguir mostrándome en Caracas, trabar más contactos y conocimientos. Lo siento, Hilda. Si usted se ocupa de todo esta misma noche...

—Eso es imposible, Gorespi. Yo podría trabar contacto mañana. Pero no esta noche. Yo... no puedo fijar el precio que ellos quieren; no puedo cerrar al trato; soy intermediaria por una comisión y de ahí mi espera... Una espera ya muy peligrosa, puesto que es evidente que estoy descubierta; y mis compañeros de red sabrán que yo les traicioné. Para mí también es urgente, pero no podrá ser antes de mañana.

Desmond miró el teléfono.

—¿Por qué no prueba? —inquirió.

—Sería inútil...

Desmond, en realidad, se sentía furioso; empezó a pasear por el cuarto, reflexionando. Entonces, estaba claro que Hilda había trabajado para alguna organización... Hubiera sido, en verdad, demasiado fácil, simple, el trabajo... Como fuese, tenía que esperar.

Notó que ella le miraba con insistencia, con cierta ansiedad en los ojos oscuros.

—Todo ha de estar resuelto para mañana a mediodía —dijo Desmond—. No puedo prolongar el plazo. Estos tratos se realizan rápidamente.

—Sí, lo sé... Lo intentaré.

—De acuerdo, entonces.

—No ha respondido a mi... proposición personal, Gorespi.

—Que la ayuden sus amigos, Hilda.

—No sé... Lo dudo. Yo les he sido útil, por ambición, por dinero; ellos me pagarán y considerarán saldada la deuda... Es más: pienso que si me saben descubierta quizás traten de librarse de mí; yo les conozco.

—Sabrán que está descubierta desde el momento en el que usted indique que tiene un comprador.

—No, no. Diré que a usted le he buscado yo...

Desmond fruncía otra vez el ceño. Meneaba la cabeza.

—Todo esto es muy complicado, Hilda —masculló—. Esperaba algo más sencillo, práctico, rápido...

—Le ofrezco cincuenta mil dólares, Gorespi.

—Admito que es una suma muy aceptable, pero...

—No corre ningún riesgo adicional, Gorespi. Usted me dejará a mitad de camino, donde yo le indique...

Desmond fingía aún vacilar.

—Ya decidiré mañana al respecto —dijo—. Y... hay otra cosa: dadas las circunstancias, la... demora, y mi desconfianza habitual por experiencia en la profesión, tengo que comunicarle que no permitiré que salga de aquí esta noche, Hilda. Permaneceremos juntos hasta el momento en que yo deba salir para cerrar el trato.

Hilda, por fin, consiguió una sonrisa; un tanto pálida, nerviosa pero sonrisa al fin; sus ojos estaban fijos en las pupilas de Desmond.

—No he pensado marcharme de aquí... —musitó.

Desmond, entonces, esbozó una sonrisa y se acercó a ella, mirándola con cierta ironía. Alargó la diestra y acarició los cabellos de Hilda; luego, el rostro, con el dorso de la mano.

—Vaya... Eres sincera. Creí que tratarías de engañarme con un cuento de amor a primera vista.

—Es difícil que eso ocurra. Soy una mujer de reacciones lentas. Muy lentas —sonrió.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Entonces, digamos que... esa jugada a tus amigos la has madurado durante mucho tiempo.

—Pues... sí. Desde que sentí asco hacia José Horacio... Hacia Hoyos, la primera vez. Me sentí... encadenada de por vida a algo que me repugnaba, si no hacia alguna cosa por evitarlo. Ya sé que pensarás que pude echar a Hoyos, sencillamente. Pero... él era dueño de casi todo lo mío. La vida empezaba a resultarme odiosa a su lado... No sé; necesitaba un estímulo... Y llegó en forma de dinero, a trueque de una traición, claro está.

El hombre del F.B.I., sin comentarios, se apartó de ella. Fue hacia el ropero instalado en un paño de pared del cuarto. Desmond hubiese estrangulado en aquellos momentos a Hilda. ¿Por asco...? Porque estaba harta de un hombre, había provocado la muerte de un agente del F.B.I., probablemente la de Van Eesteren y, además, dejaba en manos de una organización algo cuya importancia, era evidente, no tenía cabida en el cerebro diminuto y paralítico de aquella estúpida...

De todos modos, Desmond iba a seguir adelante.

A las nueve de la mañana, Desmond Parker entraba en el cuarto de la pensión; abrió con la llave, e hizo la entrada cargado con algunos paquetes. Cerró la puerta con el tacón del zapato, mirando a Hilda, que estaba sentada ante el espejo ovalado de un viejo tocador. Ella le sonrió y luego se puso en pie, sin que Desmond dejara de mirarla; el espectáculo lo merecía.

Se acercó a él, mientras el hombre del F.B.I., dejaba los paquetes sobre una mesita junto a la ventana.

Le besó en los labios.

—¿Dónde has estado, Bano? —inquirió.

—Ya lo ves. Espero que no te haya hecho pensar...

—No, no... Te esperaba. Además, dejaste aquí tus cosas. El hombre que deja un millón de dólares en un sitio, vuelve.

—¿Has estado curioseando?

—No... Pensé que eso te molestaría.

—Eres inteligente —mintió Desmond—. Prepara el desayuno.

Y mientras ella descubría los paquetes, Desmond fue a dejar la chaqueta al ropero, echando un vistazo a la maleta. Estaba intacta. Ciertamente: Hilda era una estúpida. Y le estaba mirando casi con adoración, mientras preparaba el desayuno. Por su parte, Desmond no se había afeitado aún aquella mañana, y presentaba una sombra de barba muy negra, que le proporcionaba un aspecto sombrío, adusto. Un poco desgredado, además. En cuanto a las reacciones de Hilda... Tal vez ella resultó la primera sorprendida.

—Esto ya está listo. Bano —dijo Hilda.

—Llama, entonces.

—Vamos a desayunar y...

—Llama.

Hilda pestañeó. Luego, en silencio, fue hacia el teléfono. Desmond, encendiendo un cigarrillo, se situó junto a ella; con rostro impasible, pese a que estaba mirando las bellas piernas de Hilda. Ella intentó una sonrisa, le mostró los labios invitándole a un beso... Desmond parecía una roca en aquellos momentos, cruzados los brazos sobre el pecho, con el cigarrillo entre los labios.

Hubo respuesta, ya que Hilda dijo:

—Soy Hilda. Quiero hablar con el señor Muthesius.

—No podrá ser aún, Hilda. ¿Qué sucede? Soy Michele, supongo que me has reconocido.

—Sí, sí... Es urgente, Michele. Tengo un comprador.

Se produjo un silencio al otro lado del hilo.

—¿No oyes, Michele?

—Sí, te he oído... Es importante de veras, al parecer...

—Y urgente. Michele.

—Veamos... ¿Quién es el comprador?

—Bano Gorespi. Es agente de... una federación de países.

—¿Qué más?

—Bueno... es todo.

—Oh, no... Hilda, eso no puede ser todo...

—Trae un millón de dólares, afirmando que es un anticipo; puede decidir sobre cualquier trato. Por tanto, considero que es el comprador ideal.

—Tal vez lo sea. No obstante, eso no podemos decidirlo ni tú ni yo. Dame tu número de teléfono; te llamaré más tarde.

—Lo siento, Michele. Ha de ser ahora. El señor Gorespi tiene una lógica prisa por concluir este asunto. Por mi parte, sólo quiero decirte que espero cobrar mi comisión hoy mismo. No creas que existe precipitación alguna por mi parte, ni por la del señor Gorespi. Simplemente se trata de un asunto interesante para todos y... Espera, Michele.

Desmond había hecho unas señas y la rubia platino le prestó atención. Desmond dijo:

—Dile a esa mujer que el trato debe cerrarse hoy mismo; de lo contrario, me veré obligado a marcharme. Indícale mi tropiezo desagradable con agentes cubanos. Agrega que tengo una salida perfecta de Caracas pero ha de ser hoy. Hoy, precisamente.

Hilda asentía con movimientos de cabeza y fue trasladando a Michele todo lo que decía Desmond.

Michele respondió:

—Hay una dificultad, Hilda: ¿Y el resto del dinero? Muthesius exigirá bastante más de un millón y alguna garantía sobre el pago, como es lógico. Personalmente opino que interesa un contacto más a fondo con el señor Gorespi. Te llamaré dentro de media hora, con instrucciones. Yo no tomo iniciativas, ya lo sabes. ¿Me das ese número?

—Media hora, Michele, está bien... Ahora anota.

Y se cortó la comunicación, tras haber anotado Michele el número de teléfono.

Hilda colgó el aparato y miró a Desmond a los ojos.

—Aún no sé si me llevarás contigo. Baño... —susurró.

Se pegó a él. Le besó en los labios, en el mentón oscurecido y áspero por la barba...

Desmond empezó a asentir con movimientos de cabeza.

—Sí. No tengo por qué prescindir de ti ahora —dijo—. Vamos a desayunar en espera de la llamada.

Fue muy puntual; media hora justa.

Hilda tomó el teléfono.

—¿Michele? —inquirió.

—Sí. Muthesius quiere almorzar con el señor Gorespi.

—Bien... —Se volvió hacia Desmond y musitó—. Quiere almorzar contigo.

Desmond asintió con movimientos de cabeza.

—Bien, Michele.

—Le esperamos a la hora del almuerzo, entonces.

—¿En la quinta?

—Sí, por supuesto. Indícale las señas.

—Lo haré, Michele... En cuanto a mí...

—Te llamaremos esta noche.

—Llamaré yo, Michele. Tened preparado el dinero.

—Descuida —rió Michele.

Y colgó.

Hilda lo hizo a su vez, un poco preocupada. Todos podían ser traidores en cualquier momento... Todos. Si Muthesius no le pagaba, Bano no la llevaría con él... Miró a Desmond a los ojos, y observó que éste parecía adivinar sus inquietudes. Desmond dijo:

—No te preocupes, Hilda; por nada. Vístete, nos vamos.

—¿Nos vamos de aquí?

—Muthesius conoce ya este número de teléfono y no me gusta el juego sucio. Un millón de dólares es una suma magnífica y más si todo se reduce al mero hecho de tomarla. Ya te dije que desconfío por oficio. Iremos a un lugar más seguro... y agradable. ¿Disponemos de auto?

—Sí. Lo dejé anoche a dos manzanas de distancia.

—Perfecto. Iremos a mi refugio. Vístete.

—Lo que tú digas.

Primero, claro, había que quitarse aquella larga y grotesca chaqueta de pijama. Desmond, mirándola, parecía atravesarla, pensando en cosas muy distintas a juzgar por su expresión.

—¿Dónde está esa quinta o finca? —inquirió.

—En Agüillas, en el término de Caracas. Carretera 230. Tiene extensos cafetales. No puedes perderte; es la única finca con cafetales tan cerca de Caracas.

—De acuerdo.

Esperó a que Hilda se vistiera y luego, juntos, salieron de aquel cuarto. Desmond, con cara inexpresiva, tomó su maleta, en la que

por supuesto no existía tal millón y agarró de un brazo a Hilda. Hasta el coche de ella, un biplaza color, amarillo, bastante chillón. Se metieron ambos en el coche.

—Tú dirás. Bano —inquirió Hilda.

Desmond recordaba muy bien las señas que Robreño le había proporcionado, mediante mensaje cifrado, depositado en el hotel «Cajigal». Es obvio que aquella mañana, al salir, Desmond no sólo se ocupó de comprar desayuno para dos. Así que dijo:

—Calle Noria, número 1. Tocando el puente de Soubllette.

—Ajá... Hermoso lugar. Y tranquilo. Bano...

—¿Sí?

—¿De veras solo... es magnífica hoy es salida de Caracas? ¿No mañana, ni pasado, ni...?

—No. Sólo hoy. No me esperarán, Hilda.

—Lo siento... Lo siento de veras. Tengo que... confesarte algo: mis reacciones no son tan lentas como creía... Pero no vas a creermelo ¿verdad? Me gustaría poder estar más días contigo; incluso en Caracas, poco importa.

—Iremos juntos un par de días —dijo Desmond.

—Parece un premio a la constancia —suspiró Hilda—. Pero no creo que deba quejarme.

El bólido había enfilado ya la calle Colón, atravesando la ciudad vieja, en dirección al río Guaira, que es la frontera natural entre las dos partes de la ciudad, con un tráfico muy denso, en dirección, casi exclusivamente, al gran pulpo de carreteras, al nudo de comunicación que supone la autopista de La Guaira, en dirección al puerto y al aeropuerto.

Quince minutos más tarde, entraban en la calle Noria y al fondo se veía el puente sobre el río Guaira; vieron el parque en la orilla, la gran extensión cultivada, donde es posible ver palmeras, un poco lánguidas, eso sí; pueden verse manzanos, naranjos, membrilleros, sauces...

Y allí la calle quedaba como aislada, definida sólo por unos distantes chalecitos.

—Allí debe ser —dijo Hilda.

—Sí, en efecto.

El bólido amarillo, instantes más tarde, se detenía ante un chalecito de planta y piso, con todas las ventanas cerradas, y

aspecto de estar deshabitado. Había un mustio jardín delante y varios arbolitos detrás.

Desmond y la rubia platino fueron hacia la puerta.

—¿Tienes la llave? —inquirió Hilda.

—No la necesito.

—¿Qué...?

—Bueno, para salir dispongo de amigos, ¿no es así?

—Sí, sí, comprendo...

Se abrió la puerta en aquellos momentos.

Y al segundo siguiente, la palidez de Hilda era incluso alarmante; como si la sangre, en sus venas, se hubiese convertido en blanco polvillo de mármol. Estaba muy quieta, mirando a Robreño, que la miraba a su vez, como la más inexpresiva de las máscaras; como si no la conociera incluso.

Se oyó la voz de Desmond:

—¿Todo bien, por aquí, Robreño?

—Muy bien, Parker.

Entonces, Desmond miró a Hilda, que estaba aún sin aliento.

—Adelante, querida.

No era necesario emplear violencia alguna para empujarla, para meterla en el interior de la casa. Y una vez todos en el vestíbulo, Robreño cerró la puerta. A un lado, estaba también el silencioso Lyra, mirando a Hilda.

—¿Cómo está Hoyos? —inquirió Desmond.

—Mejorando. El doctor hizo lo que pudo, pero... quedarán cicatrices en el rostro y el cuello; las del pecho no serán visibles, claro. Por aquí, Parker.

Hilda, entonces, pareció recobrar la capacidad de movimiento. Miraba a Desmond, con los ojos muy abiertos, de un modo hierático. Por su parte, Desmond se limitó a hacerle una seña a Hilda, en dirección al río Guaira, que es la frontera natural entre las dos partes.

—Camina, Hilda —dijo Desmond—. No hagas esperar a tus amigos.

CAPÍTULO VI

HABÍAN entrado en aquella estancia, con buena luz, donde parecían reunirse las comodidades del chalet. Tresillo, mueble-bar, tocadiscos... En uno de los sillones estaba Hoyos, más bien tirado, presentando un extraño aspecto, ya que casi todo el rostro, así como el cuello y parte del torso estaba vendado; en realidad sólo eran visibles los ojos parte de la nariz, y la boca. Vestía pijama y batín encima.

Junto a él, se habían situado Robreño y Lyra.

Hilda había quedado ante ellos, muy impresionada aún. Nadie despegaba los labios.

Por fin, Desmond entendió que debía aclarar algunos detalles, si era posible, y se dirigió a Hilda:

—¿Qué más sabes sobre Muthesius, Hilda?

Despacio, Hilda se volvió a mirarle.

—Hubiera sido preferible que me mataras tú...—susurró.

—Debía utilizarte antes. Responde, por favor...

—No sé casi nada... Ellos me propusieron la... traición. La cantidad me satisfacía: ciento cincuenta mil dólares. Acepté. Y... Sé que son varios hombres y Michele.

—¿Antes de ese contacto habías tenido idea de la existencia de ese grupo independiente? —inquirió Desmond.

—No...

—¿Y usted, Robreño? —Miró al jefe de la red.

—No... No conozco a ese Muthesius, Parker...

Desmond miró de nuevo a Hilda.

—¿Qué se proponen exactamente? ¿Lo sabes? —inquirió.

Ella negaba con movimientos de cabeza; en todo momento procuraba no mirar a Hoyos. ¡Por asco..., sólo por asco...!

—No sé más de lo que he dicho —musitó—. Hicimos un trato, y eso es todo.

—¿Qué ocurrió con Paxton y Van Eesteren? —inquirió Desmond.

—Lo ignoro... Yo sólo les dije cómo actuarían ambos, cómo se camuflarían, al objeto de que Van Eesteren siguiera su camino sin peligro y Paxton, más seguro y eficaz que el otro, pudiera defender las muestras y documentos, en caso de ser atacado antes de llegar a Washington. Yo me limité a decirles lo que harían, cuándo lo harían y cómo lo harían.

—No es poco, Hilda —musitó Desmond.

Y se hizo de nuevo el silencio.

Hilda empezaba a reaccionar.

Miró a todos y, de súbito, completamente histérica, estalló:

—¡Está bien, ya lo sé: Vais a ejecutarme! ¿Qué esperáis?

Se oyó muy extraña, a causa de las vendas, la voz de Hoyos:

—¿Por qué, Hilda...? ¿Por qué?

Ella le miró con odio, con los ojos inyectados en sangre.

—Y eres tú quien lo pregunta... —masculló—. ¡Tú! Pues bien: estoy harta de ti... Quería irme de aquí para siempre...

—Yo te amo, Hilda...

—¿Y qué me importa a mí tu amor? Eres un ser estúpido, enfermizo, melancólico... ¡Un fracasado! Fuiste tú quien me involucraste en estos asuntos de espionaje. Me prometiste demasiado... Y apenas hemos podido ir viviendo, gracias a «El Candilito»... ¿Y qué he tenido a tu lado? ¡Nada! Por lo menos, nada de lo que yo necesito de verdad... Sólo lamento que tú seguirás viviendo.

—Hilda... no puedo obligarte a que me ames... —musitó Hoyos—. Sin embargo, has debido ser fiel al grupo... Lo personal no debía contar para nada...

—Para mí sí contaba. Contaba todo...

Volvió el silencio.

Aquellos tres hombres cambiaron miradas, y fue Lyra quien extrajo su automática y la tendió a Hoyos.

—Tal vez sea cosa tuya —murmuró.

Hoyos tomó la pistola, con mano muy poco firme.

El estremecimiento de Hilda fue perceptible; quedó envarada,

con los ojos llenos de espanto, muy abiertos.

Hilda estaba asustada. Tenía miedo a morir.

Pero ellos eran implacables.

La mano de Hoyos, tembló; se oyó su voz:

—Yo... yo no puedo...

Y ocurrió de pronto.

Robredo se había movido un poco, de modo que quedó situado a espaldas de Hilda. Ella no lo vio. No supo que Robredo, fríamente, la apuntaba y apretaba el gatillo. Hilda ni siquiera oyó la apagada detonación. Eso sí, el golpe en la nuca resultó doloroso; un dolor breve. Luego, las sombras...

Hilda, empujada por el proyectil cayó de bruces, casi a los pies de Hoyos.

Las miradas iban de las manos de Robredo a la nuca de Hilda.

La cabellera platino empezaba a teñirse de rojo...

Robredo, por fin, guardó la pistola.

Hoyos inclinó la cabeza.

—Está bien —dijo por fin Desmond—. Ocúpense de que el cadáver no aparezca jamás.

Robredo asintió con movimientos de cabeza.

—Le felicito, Parker —murmuró—. Parece que todo ha ido bien.

—Queda lo más difícil: recuperar los documentos y las muestras. Por lo pronto, estoy citado con Muthesius; almorzaremos juntos. Supongo que eso me permitirá examinar el terreno, para una probable incursión en el momento más conveniente para mí.

—Nosotros podemos...

—Permanezcan aquí, Robredo —cortó Desmond—. Alguien tiene que quedar, por si yo caigo. Es necesario que el F.B.I. sepa a qué atenerse sobre este asunto.

Robredo esbozó una triste sonrisa.

—Como quiera... —dijo—. Evidentemente, viendo lo que queda de esta red, nada empuja al optimismo... Un muerto, un herido, y dos hombres desconcertados. Supongo que nuestra inoperancia se hubiese puesto de manifiesto antes, de haber intervenido en algún asunto en verdad importante como éste... Pero haremos lo que usted dice Parker: si usted cae, avisaremos de inmediato al F.B.I. ¿Cuál es el plazo?

Tras reflexionar un instante, Desmond dijo:

—Medianoche.

—Si a medianoche no ha regresado aquí, comunicaremos con Washington.

—Eso es, Robreño. Es imprescindible esa comunicación.

—Podría hacerlo Hoyos y nosotros...

Desmond le miró dubitativo y dijo:

—No desdeño la posibilidad de utilizarles, pero por ahora debo actuar solo. Bien... —Miró su reloj—. Son las once y veinte minutos. Debo darme prisa para acudir a la cita con Muthesius. Debo afeitarme, cambiarme de ropa...

—Disponga de la casa, Parker. Mientras, nosotros nos ocupamos de que el cadáver de Hilda desaparezca.

—Gracias, Robreño.

Desmond tomó la maleta y salió de allí, en busca de la dependencia de aseo.

Ni siquiera miró a Hilda.

¿Para qué? «Réquiem» por los traidores, y en paz.

A las doce y media en punto, con un coche alquilado, el hombre del F.B.I., llegaba a la finca de Muthesius. Era una finca bastante grande, cuyos muros, en realidad los constituían los cafetos. Parecía un gran jardín florido, puesto que se daba la circunstancia de que los cafetos estaban en flor; flor de muy escasa duración; flor blanca, pequeña, bella que destacaba mucho entre el verde intenso de las hojas y el carmesí de los granos que encerraban el café.

Había varios senderos, pero uno de ellos, de piedra, conducía al parecer a la quinta. En efecto, se veía ya la construcción, con varios arcos, toda blanca, con escalinatas muy amplias en el centro... Había dos pisos y debía constar de no menos de una docena de amplias habitaciones. Frente a la mansión, había grava, un surtidor rodeado por setos vivos, y planteles de flores.

El garaje estaba al lado de la casa, pero Desmond detuvo el auto frente a las escalinatas y se apeó, sin la menor preocupación, mirando hacia la puerta principal de la quinta, que acababa de abrirse.

Hizo su aparición en lo alto de la escalera, una muñequita de cabellos rubios y ojos claros, que sonreía amablemente, mientras descendía mirando a Desmond. Éste, quieto, encendiendo un cigarrillo, esperaba impasible.

Ella vestía minifalda tubo, botas, y un ligero suéter que se amoldaba de modo perfecto a su tronco, resaltando las juveniles formas de su busto.

Llegó frente a Desmond, y éste inquirió:

—¿Michele?

—Sí, yo soy.

—Me llamo Gorespi, Bano Gorespi.

—Le estábamos esperando.

—Siento llegar un poco tarde...

—En absoluto, no se preocupe por eso. Venga conmigo, por favor.

Subieron; instantes más tarde penetraban en el amplísimo vestíbulo, que ocupaba casi mitad de la planta. Había allí una gran chimenea, sillones tapizados, panoplias, cuadros, lámparas... Un bonito «aquárium» con muchos peces de colores, estaba en un ángulo. Todo ello proporcionaba color, ambiente alegre, a aquella quinta.

—Por aquí, señor Gorespi —dijo Michele.

Él la sonrió.

Ella también, alegre, bonita, juvenil. Parecía una eficazísima «public-relations».

Abrió una puerta, que daba acceso a un gran despacho, también con salida al jardín delantero; desde los ventanales, se dominaba gran parte del cafetal. Y allí, tras el escritorio, había un hombre con cierta personalidad: un tipo de cabello rojo, tuerto, elegantísimo, corpulento. Un hombre que se puso en pie al ver llegar a Desmond.

Estaba también Oscar, el tipo fuerte, moreno, con su traje blanco.

Y había alguien más; alguien que podía muy fácilmente cortar la digestión a Desmond, por muy succulento que fuese el almuerzo. Alguien que estaba sentada en un sillón, de espaldas a la entrada. Pero se había vuelto y el par de ojos negros apenas dejaron asomar una chispa irónica.

Por lo demás, Luz Olalde parecía no haber visto jamás a Desmond. Y éste, a su vez, no demostraba en lo más mínimo conocer a Luz.

El pelirrojo tuerto ya tendía la diestra a Desmond, quien la estrechó con firmeza y brevedad.

—Siéntese, Gorespi —dijo Muthesius—. Podríamos empezar a hablar de negocios ahora, pero no creo que haya una prisa excesiva. En realidad, todos hemos de meditar aún un poco... Por tanto, creo que después del almuerzo nuestras condiciones serán óptimas. Nos conoceremos un poco más y... Perdón por mi descortesía... Permítame presentarle a la señorita Sophie Marko... Llega de África. Él es el señor Gorespi.

Se miraron.

Él una inclinación de cabeza, breve y seca; ella, una simple sonrisa, sin el menor significado.

Se oyó la risa breve, un poco irónica de Muthesius.

—Creo que ambos lo han comprendido: pretenden lo mismo de mí. De ahí que se imponga la reflexión —dijo—. Sepan una cosa: les admiro. Jamás comprenderé muy bien cómo es posible que ustedes, los espías, tengan ese olfato especial para localizar lo que les interesa. Es asombroso... No importa el camino que sigan; llegan al final...

—¿Usted no es espía, Muthesius? —inquirió Desmond, tranquilo.

—No puede decirse que ése sea mi fuerte. Digamos que es mi primera operación de envergadura en el peligroso terreno del espionaje. Tal vez le cobre afición; por lo menos, es muy agradable tener la seguridad de que cuando se realiza una operación de espionaje, se citan cifras del orden de los cientos de miles de dólares... Es muy sugestivo, ¿no creen?

Antes de que Desmond o Luz se molestasen en responder, apareció un criado mulato, indicando:

—El almuerzo está servido, señor.

—Gracias, Nico.

El criado, el tal Nico, se retiró y Muthesius se puso en pie. Miró a Michele y dijo:

—Haz de anfitriona, querida. Nuestros huéspedes te lo agradecerán; creo que resultas mucho más agradable que yo.

Michele se limitó a una sonrisa, y se dirigió a Gorespi, pasándole una mano por el brazo. Muthesius, entonces ofreció su brazo a Luz, y Oscar, detrás, como un oso, masticando la punta del puro, que arrojó al suelo, a un rincón, antes de salir, cerraba la marcha. Nico estaba en la puerta del lujoso comedor, dando entrada a los comensales.

Michele distribuyó a los comensales en torno a la magnífica mesa. Ella se situó junto a Desmond, y Muthesius, encantado al parecer por todas aquellas ceremonias, lo hizo junto a Luz, que en absoluto desmerecía en belleza, ante Michele. Dos mujeres distintas, ambas muy hermosas, jóvenes...

Oscar se sentó en una punta de la mesa, siempre sin despegar los labios.

Nico fue a lo suyo, empezando a llenar copas; otro criado servía fiambres, entrantes.

Muthesius sorprendió un poco a Desmond, agarrando un trozo de jamón de York con los dedos, poniéndoselo en la boca entero, masticando con un poco de ruido.

Desmond decidió empezar a hablar, a tantear el terreno.

—Supongo, Muthesius, que en realidad lo que usted ha pensado es vendernos a ambos, me refiero a la señorita Marko y a mí, esa mercancía. En cierto modo...

Nico, que estaba escanciando bebida en la copa de Muthesius, perdió el pulso y manchó la solapa del blanco «*smoking*» del tipo. Y Muthesius, súbitamente rojo el rostro, se puso en pie, y asestó un seco revés a Nico.

—¡Estúpido! —masculló.

Nico encajó el revés sin un pestañeo. Por su parte, Muthesius, sin transición, se sentó de nuevo, sonriendo. Miró con su único ojo a Desmond y con voz amable, pidió:

—Siga, siga, Gorespi... ¿Decía?

—Que usted ha pensado vendernos a ambos la mercancía.

Muthesius rió, encantado, al parecer.

En la soledad de la punta de la mesa, Oscar eructó.

Se ganó una fulminante mirada de Muthesius.

—Cerdo... —masculló el pelirrojo tuerto y elegante.

Oscar se encogió de hombros.

Muthesius miró a Luz y dijo:

—Ruego que perdonen estas manifestaciones groseras, señorita Marko. Quisiera tratar de ocultar muchas cosas sobre mi procedencia, pero es por completo inútil. Procedo de... no diría bajos fondos, pero sí de la miseria. Y he sido muchas cosas durante mis cuarenta y ocho años. Ratero, limpiabotas, contrabandista, mercenario... Eso me costó un ojo. No siempre he utilizado tenedor

y cuchillo para comer. Pero, claro nada de esto les interesa... El señor Gorespi estaba diciendo que cree que me propongo venderles a ambos esa interesantísima mercancía...

—¿Es así? —inquirió Luz.

—Pues... sí. En efecto, eso es lo que me propongo.

Luz y Desmond se miraron.

Desmond esbozó una amable sonrisa y dijo:

—Lo siento, señorita Marko, pero en esta ocasión no puedo comportarme como un caballero. Me gustaría poder decir que las damas primero, pero usted me comprenderá sin duda alguna. Como muy bien apuntó el señor Muthesius, creo que esto merece ser reflexionado. Estoy seguro de que podremos solucionar el problema de un modo inteligente.

—Hay una solución —dijo Muthesius—. Compren ambos.

—Lo he pensado... —sonrió Desmond—. Pero... hay otros puntos dignos de mención, si se produce esa circunstancia.

—¿Qué puntos? —inquirió Muthesius, chupando una pata de pollo.

—Por ejemplo el precio.

Muthesius dejó el hueso, suspiró y dijo:

—Había pensado en la cifra de tres millones de dólares. No importa la moneda de que dispongan ustedes para efectuar el pago.

Ni Desmond ni Luz parecieron en absoluto alterados por la mención de aquella cifra.

—Entonces —dijo Desmond—, es cuestión de recortar un poco ese precio, Muthesius. Bien está pagar ese dinero por algo que se puede disfrutar en exclusiva; pero no por algo que será compartido. Espero que lo comprenda.

Muthesius parecía reflexionar sobre aquello.

Oscar seguía con lo suyo, hociqueando en la comida. Michele, exquisita en verdad, resultaba un sorprendente contraste en aquella pocilga.

—Sinceramente, Gorespi, no veo la razón por la que deba rebajar el precio —dijo, por fin, Muthesius—. Eso de la exclusiva está muy bien, digamos, en un modelito de señora... Sabemos que las damas son muy quisquillosas en este aspecto. Pero estamos tratando algo mucho más serio, nada menos de la producción de uranio enriquecido, de la que su país y el de la señorita Marko se

podrían beneficiar en la misma medida, sin celos femeninos por lo de la exclusiva...

Desmond sonrió; por lo menos y era de esperar, Muthesius era astuto en los negocios.

—Usted no cuenta con algo, Muthesius —dijo.

—Es posible que se me escape algún detalle, en efecto. Por eso he convocado esta agradabilísima reunión. Usted dirá, Gorespi: ¿qué olvido?

—La señorita Marko y yo podemos ser enemigos... Es decir —miró a Luz sonriendo con amabilidad—. No lo somos personalmente, pero pueden serlo nuestros países. A ambos, nos resultaría facilísimo averiguar para qué país estamos trabajando. Si somos enemigos, puede ocurrir una catástrofe, ya que ambos tendríamos elementos más que suficientes para... un sabotaje perfecto, pongamos por caso; quizá los dos países trataran de anular mutuamente el poderío del otro en cuanto a la producción de uranio enriquecido se refiere. Como ve, es un serio inconveniente.

Muthesius iba asintiendo con lentos movimientos de cabeza, a algo que estaba pensando.

—Creo que tiene razón, en parte, Gorespi —dijo—. Pero... ¿por qué pensar en ser enemigos?

—Es una posibilidad que apunto.

—Pero es muy fácil de solucionar... Pónganse de acuerdo sobre si son amigos o enemigos.

Desmond sonrió; también Luz.

—¿He dicho alguna tontería? —inquirió Muthesius.

—No... Ocurre, sin embargo, que la señorita Marko, como yo mismo, jamás dirá la verdad al respecto. Por tanto, queda desechada tan magnífica y pacífica solución, Muthesius. Hago hincapié en que la venta doble de esos documentos ocasionará problemas. En este caso, propongo que el precio sea de dos millones de dólares. Usted, entonces, consigue cuatro millones de dólares. Un millón más que vendiendo a uno solo de nosotros.

—Se equivoca, Gorespi. Dos millones menos que vendiéndoles a ambos —dijo con la boca llena, Muthesius.

Desmond rió brevemente.

—Vemos las matemáticas desde puntos de vista distintos, Muthesius —dijo—. Sospecho, por otra parte, que tal vez no

seríamos nosotros solos los beneficiados; me refiero a la señorita Marko y a mí. Podría adquirir esos conocimientos un tercer país... y quizás un cuarto y un quinto... De ser así, muchos programas que se basarían en la producción de uranio, quedarían anulados...

Muthesius meneó la cabeza.

—Creo que usted no entiende, Gorespi —dijo—. Piénselo bien; yo no estoy ofreciendo a su país, o al de la señorita Marko, la posibilidad de convertirse en una potencia con respecto a otros pequeños países. No. No es eso. Yo, simplemente, les vendo a ustedes unos medios que les permitirían obtener grandes cantidades de uranio enriquecido. Yo no busco beneficiar la potencia de un país determinado. Busco mi lucro; vendo algo que ustedes sabrán cómo utilizar. Puestas así las cosas, comprendan que mi precio no será alterado.

—Ha definido muy bien su postura, Muthesius... —musitó Luz.

—Veo que lo ha comprendido.

—Dicho con toda claridad: a usted no le importan nuestros respectivos programas, ni nuestra potencia. Usted vende el medio de producir uranio, sin que le interesen las consecuencias. Del mismo modo, nos podría vender tractores, pongamos por caso.

—Es exacto, señorita Marko —sonrió Muthesius—. Yo ofrezco una mercancía bajo un precio. Sin más complicaciones por mi parte.

—¿Y qué hay sobre la sugerencia del señor Gorespi, con respecto a la posibilidad de que otros países se beneficien de esos conocimientos? —inquirió Luz.

Muthesius pareció vacilar.

—Juego limpio es decir la verdad, supongo... Pues bien: no se me ocurriría jamás desdeñar otras propuestas, teniendo en cuenta que cada cliente me reportaría tres millones de dólares. Yo soy un proveedor. Tractores, zapatos, café, o medios para la producción de uranio... Es lo mismo; esto es, para mí, una tarea comercial.

Luz y Desmond, sin mirarse, se dedicaban a reflexionar.

Es obvio que sus pensamientos estaban muy lejos del tema de conversación, ya que por lo pronto, allí, se estaba dilucidando la vida. Era mejor tomarse un margen. Y era vital que Desmond se enterase de qué pensaba Luz. Y Luz pensaba lo mismo con respecto a Desmond.

—Ustedes tienen la palabra ahora —dijo Muthesius—. Tómense

tiempo para reflexionar, si lo consideran necesario.

—Es necesario... —murmuró Desmond—. Quizás un cambio de impresiones entre la señorita Marko y yo...

—Eso es cosa de ustedes —dijo Muthesius.

Desmond miró a Luz.

—¿Le interesa, señorita Marko?

Ella encogió los hombros.

—No veo la utilidad, Gorespi... Sería difícil llegar a un acuerdo. No sé si Muthesius se da cuenta del alcance de esta operación, pero usted y yo sí la comprendemos. Por tanto...

—¿Se niega a conversar, entonces?

—Sólo digo que no me parece útil. Quiero sacar conclusiones por mí misma; decidir por mí misma —dijo Luz.

—Entiendo.

Muthesius intervino:

—Repito que pueden tomarse tiempo. Después del almuerzo, pueden pasear, pensar...

—¿En la finca? —inquirió Desmond.

Muthesius sonrió.

—¿No le agrada, Gorespi? —inquirió.

—Me parece magnífica.

—Muchas gracias por su opinión. Y en tal caso... en la finca, ¿por qué no?

—¿Y si tuviéramos que salir para...?

—Un momento, Gorespi. Tanto usted como la señorita Marko han afirmado tener poder suficiente para decidir por sí mismos les interesa el asunto. Por tanto y dado que no necesitan consultar con nadie, creo que no procede su ausencia de la finca. Pero, por favor, no deben considerarse retenidos. Entre nosotros habrá acuerdo o no. Una vez se haya definido eso, cada uno queda libre.

—Entonces, si yo desde este momento digo que no me interesa pagar los tres millones, quedo libre —dijo Desmond.

Muthesius sonreía como un buen muchacho, pero su ojo, muy fijo en Desmond, emitía una especie de llama.

—Digamos, Gorespi, que su respuesta es precipitada —musitó.

—Estaba poniendo solo un ejemplo —gruñó Desmond.

—Es mejor así.

Desmond pensó que, en efecto, era mejor así: ya sabía a qué

atenerse. Muthesius, quizás torpe, zafio, grosero, sin modales, sabía muy bien cómo llevar sus asuntos. Y, por supuesto, no era un angelito confiado. Tomaría toda clase de medidas, era evidente, y esas medidas sólo podrían contrarrestarse con otras propias... si era posible.

La situación, como fuese, inclinaba más bien al pesimismo.

Más o menos, Luz estaría pensando lo mismo...

CAPÍTULO VII

AL dar la vuelta a un seto, en un paseo de intensa reflexión, haciendo buena la escuela peripatética, Desmond casi tropezó con Luz, que se dedicaba a lo mismo. Quedaron de frente, mirándose. Desmond, por fin, esbozó una sonrisa.

—¿Llegas a alguna conclusión, Luz? —inquirió.

—¿Y tú?

—Vamos a dejarlo. Las preguntas mutuas de nada sirven. Buena suerte, querida.

Desmond iba a seguir su camino, pero Luz musitó:

—Espera, Desmond...

Él la interrogaba, con la ceja arqueada, mirándola.

—Alejémonos un poco más; paseemos por los cafetales —dijo Luz.

—Muy romántico.

—La situación no se presta a ironizar...

—Te veo preocupada, Luz. ¿Tienes miedo?

—Confieso que sí. ¿Tú no?

—También, también... Creo que nos hemos metido en una estúpida trampa. No estoy muy seguro de si Muthesius sospecha de nosotros.

—Quizás. Por lo menos, de uno de los dos —dijo Luz, mientras ya caminaban por el sendero, en dirección a los cercanos cafetales—. Y hemos hablado demasiado, Desmond. Le hemos puesto al corriente de una serie de cosas que pueden ocurrir... Quizás él no había previsto estas dificultades; es un mercader, lo ha dicho bien claro; no consentirá perder su negocio.

—Me doy cuenta. Mi postura es mala; en cualquier momento querrá ver a Hilda y al no encontrarla en parte alguna empezará a

sospechar de mí —gruñó Desmond.

Se quedó un momento pensativo.

Luz le miró de soslayo.

—¿Era Hilda la traidora? —inquirió.

—Sí.

—Vaya... Entonces, el error con Hoyos nos ha costado la vida de Cipriano y Raúl... ¿Sabes algo de eso? —inquirió con indiferencia, Luz.

Desmond se encogió de hombros.

—No —mintió, sin alterarse.

—Es curioso... ¿Y Hilda?

—Ha cobrado por su traición.

—Ya...

Estaban en el linde de los cafetales; lo bordearon un poco y luego, por uno de los senderos, se fueron adentrando entre los arbustos floreados.

—Voy a tratar de huir —dijo, de pronto, Luz—. ¿Te interesa salir de aquí?

—Con vida, sí.

Luz le miró a los ojos.

—Yo... tengo miedo, ya lo he dicho. Auténtico miedo, Desmond. Estoy arrepentida de haberme metido aquí sola. Y no veo otra solución que intentar la fuga.

—¿A pie, Luz?

—Bien...

—He visto que han retirado mi coche; debe estar en el garaje. No he visto el tuyo.

—Lo han retirado también.

—¿Cuántos hombres son? ¿Has podido verlos a todos?

—Son seis. Y esa mujer, Michele, me parece peligrosa. Pongamos siete elementos. Oscar, Nico, Michele, Muthesius, y Testa que es el jardinero. El encargado del garaje no sé cómo se llama. Y queda alguien en la cocina. Me pregunto si nos están vigilando ahora.

—Creo que resultamos muy visibles en el cafetal; pero sigamos aquí. Quizás puedas confiarles.

—Entonces... ¿no quieres intentar la fuga conmigo?

—No.

Luz se mordió los labios.

—Hasta es posible que pienses delatarme, Desmond... —murmuró.

—Eso es absurdo. No creo que tú, entonces, silenciaras mi identidad. Lo pasaríamos mal ambos.

—Sí, claro... Desmond ¿qué plan elegirías, si pensaras huir de aquí?

—Es difícil... Por lo pronto, es imprescindible que se haga oscuro, y aún quedan un par de horas por delante. Imagino que vendrán a buscarnos antes de la puesta del sol. De todos modos, prosigo: esperar a que oscurezca. A continuación, esfumarme en el cafetal, y no salir ocurra lo que ocurra, deslizándome siempre en dirección a la carretera; habrás observado que los límites de la finca, y sus muros, lo constituyen, precisamente, estos cafetos.

—Sí, sí, me di cuenta...

—¿Estás armada?

—No. Es decir, tengo la pistola en el coche.

—Así es mucho más difícil. Pero es lo único que puede hacerse: huir por el cafetal, y se supone que vigilarán adecuadamente. Hay algo más, pero es muy arriesgado: simular la fuga, y provocar la búsqueda masiva de todos ellos, por este contorno. Entonces, se regresa a la casa, y...

—¿Es lo que piensas hacer tú? —inquirió Luz.

—No he hecho planes —mintió Desmond.

—¿Entonces?

—Ya veré. Tal vez no debiste meterte aquí...

—Tu llegada ha complicado mucho mi situación. Yo me las hubiese arreglado para salir de aquí. Imagino que quizás un par de hombres me hubieran acompañado, mientras yo fingía ir en busca del dinero, y sabes que no es lo mismo luchar con dos hombres que con seis o siete... Tenía muchas salidas, de no haber tensado tú la situación. Y... supongo que te interesa que yo arme revuelo con mi intento de fuga; te dejo un resquicio para poner en práctica tus propios planes, estoy segura. Me dan ganas de delatarte, Desmond —dijo con rabia, Luz.

Desmond esbozó una sonrisa torcida.

—Hazlo —dijo.

Luz apretó los labios.

Desmond dijo, irónico:

—Así, querida, envejeces...

—Tal vez te delate, sí... Puedo ir a la casa, y decir que he descubierto que eres agente del F.B.I. Tal vez te matarían sin querer saber más. Si te mataran sin tú haber podido decir algo sobre mí, quizás mi situación cambiase... Lo pensaré, Desmond... Lo pensaré, te lo aseguro.

Desmond la miró a los ojos, con grave expresión, y dijo:

—Antes de decidirte, Luz, consulta conmigo... Creo que, en realidad, podríamos intentarlo en colaboración. Por ahora ya hemos hablado bastante. Vamos a fingir un desacuerdo total. No vamos a mencionar el tema de nuestra conversación; si somos preguntados, diremos que entre nosotros no hay acuerdo. Y... mira tu reloj. ¿Hora?

—Cinco cuarenta y dos.

—Rectifica: cinco cuarenta y cuatro.

Ella lo hizo.

—A las siete en punto, Luz, debemos vernos de nuevo. Pero no a la vista de todo el mundo. Bien... no importa donde sea; imagino que nos recluirán en la casa, o estarán a punto de hacerlo. Si estamos dentro, como si estamos fuera, hemos de vernos a las siete en punto.

Luz se echó a reír.

—De acuerdo —dijo—. Eso es colaborar, Desmond.

El hombre del

F. B. I.,

frunció el ceño.

—Creo que me estabas engañando, Luz; sólo buscabas esto —dijo.

—Astucia femenina, querido. La verdad es que sí tengo un poco de miedo... ¿Crees que conseguiremos salir? Dime ¿qué has pensado?

—A las siete. Vete ahora, más o menos furiosa conmigo.

—Desde luego. Lo haré bien.

Sí, lo hizo bien. Le asestó una tremenda bofetada y le dirigió una sonrisa.

Desmond, aún sorprendido, la miraba sin reaccionar.

—Es lo menos que mereces, querido. Más o menos, es como

arrojarte el guante. Si salimos de aquí, seguirá el duelo.

Y dio media vuelta, echando a andar con claros aires de indignación, con un contoneo de caderas muy llamativo.

Desmond se quedó con la bofetada, tranquilamente; todo el mundo tiene derecho al pataleo y Luz no tenía por qué ser una excepción. Así que esperó a que Luz se perdiera de vista, para, a su vez, abandonar el cafetal. Decidió dar una vuelta en torno a la quinta, a las edificaciones, pensando que de algún modo aquel cafetal sería vedado en cuanto oscureciera; hacían falta más de siete personas para cubrir todos los huecos, la gran extensión...

Estaba saliendo del cafetal, cuando vio a Michele, que se acercaba a él, con una sonrisilla picara, simpática.

—¿Todo bien, señor Gorespi? —inquirió—. Me parece que no se puso de acuerdo con la señorita Marko.

Desmond permaneció impasible.

—Tal vez me pasé de la raya —dijo.

—¿De veras?

—No todas las mujeres han reaccionado del mismo modo al escuchar ciertas proposiciones por mi parte. De todos modos, tendré que corregirme un poco...

—Entonces, adivino que su debilidad son las mujeres.

Desmond miró con descaro a Michele.

Con media sonrisa, dijo:

—Sólo las mujeres hermosas, Michele.

—¿Me incluye entre ellas?

—Con todos los honores. Pero imagino que con usted no saldría mejor librado.

—Entonces ¿no le interesa mi compañía?

Desmond la miró a los ojos. Estaba claro que Michele iba a tratar de sonsacarle algo. La meditación, al parecer, estaba impacientando a Muthesius. De todos modos, mientras Desmond pensaba en tales cosas, dejaba asomar a sus ojos una expresión que las mujeres conocen muy bien cuando asoma a las pupilas de un hombre.

—¿No le interesa? —repitió Michele, sonriendo.

—Por supuesto que sí... Pero no creo que su presencia me ayude a llegar a una conclusión.

—Nunca se sabe. Bueno. ¿Paseamos?

—Sí.

El paseo fue dirigido por Desmond, con aire despistado. No obstante, estaba cumpliendo su objetivo de dar la vuelta a la casa, examinando el terreno. A un lado, una construcción que tenía visos de jaula de un parque zoológico, llamó la atención de Desmond; se dirigió hacia allí, tirando de los deditos de Michele, cuya mano había ofrecido a Desmond.

—¿Qué hay ahí? —Gruñó Desmond—. Oigo algo raro.

—Es la ira de los perros feroces —sonrió Michele.

Desmond la miró, como sorprendido.

Dio la vuelta a la jaula y, en efecto, había rejas; podían verse aquellos perros de ojos enrojecidos, de poderosos colmillos, que se agitaron, abalanzándose hacia las rejas, al oler a los visitantes. Los ladridos, el escándalo, aunque por fortuna breve, fue fenomenal. Desmond tuvo que realizar un tremendo esfuerzo para disimular su inquietud.

Michele, con voz suave, dijo:

—Por la noche, los dejamos en el cafetal... Así evitamos contratiempos.

—¿Contratiempos? ¿Teméis que os roben unos gramos de café?

—Por favor, Bano, aquí hay algo más importante que eso.

—¿Te refieres a Muthesius y a ésos documento entonces?

—Sí.

Siguieron paseando.

Al fondo, había un banco, rodeado por media docena de sauces muy frondosos, añejos; las ramas de algunos de ellos casi tocaban el suelo, lleno de hojarasca, húmedo sombreado. Desmond tiró de la mano de Michele, e aquella dirección.

—Estoy harto de pasear —rezongó.

Apenas se hubieron sentado en el banco, Desmond rodeó la breve cintura de Michele con ambos brazos, y la atrajo hacia sí. La miró un instante a los ojos, y luego se inclinó besándola.

—Tal vez te ha gustado, Michele... —susurró Desmond.

—Confieso que sí.

—Ahora, pregunta.

Ella puso cara de cándida.

—No comprendo, Bano...

—¿Qué quieres saber? ¿Para qué te ha enviado Muthesius? —

inquirió, secamente.

—Te equivocas. Yo...

—Cuando tú naciste, Michele, yo había estrangulado ya más de un hombre. Cuando tú empezaste a enterarte de la existencia del espionaje, yo había recorrido ya todas las cloacas de Nueva York, perseguido por las ratas, el miedo, el F.B.I. Pero... no te desanimes. Con un poco de suerte llegarás a ser una buena espía. ¿Y bien? ¿Qué quiere Muthesius?

—Me has gustado más antes, al besarme... —sonrió Michele—. De todos modos, tienes razón. Dime ¿por qué ese retraso? Muthesius no lo considera lógico. Piensa que tú deberías aceptar y al salir de aquí matar a la señorita Marko. O viceversa. Aceptar, pagar, salir de aquí, y... allá vosotros, si queréis evitar las consecuencias de la competencia entre vuestros países.

—No siempre es fácil, ni recomendable, matar a un agente de otro país. ¿Crees que ella y yo no lo estamos pensando? No lo haremos, sin embargo. Habrá alguna otra solución. Dile a Muthesius que no se impacienta. Y... que siga limitándose al papel de mercader; pensar es algo que ya sabemos hacer la señorita Marko y yo —dijo, mordaz, Desmond.

—Se lo haré saber...

—Te lo agradeceré, Michele.

—Bien...

Ella empezaba a ponerse en pie, pero Desmond, tomándola de una mano, la obligó a sentarse de nuevo.

—Aguarda un poco —pidió—. Creo que... me he comportado un poco bruscamente contigo, Michele.

—Yo creo que...

Desmond no la dejó seguir hablando; volvió a estrecharla con los dos brazos y a besarla. Un beso tanto o más largo que el primero y que dejó a Michele con los ojos muy brillantes, con una expresión rara, indefinible, como si realizara un esfuerzo por contenerse, por mostrarse serena y sobria.

—Repito... —musitó—. Así eres mucho más convincente. Bano.

—Lo celebro. A veces, una mujer bien vale un acuerdo descabellado, una mala operación —dijo, en susurro Desmond.

—Bano... Cierra el trato y...

—Esperad —cortó, de nuevo seco, Desmond—. Y dile esto a

Muthesius: que siga comportándose como un mercader. Lo demás no le concierne.

—Tal vez sea un poco duro para los oídos de Muthesius.

—¿Crees que se molestaría?

—Es un salvaje... cierto que, carece de diplomacia, de tacto, de educación, en suma. Pero posee otras cualidades interesantes: sabe enriquecer a los que están a su lado.

—Comprendo. Si te parece, dora la píldora, pero dile que no quiero ser molestado aún.

Ella rió.

—Doraré la píldora —dijo—. Pero... no juegues conmigo Bano. No lo permito.

—¿Te he prometido algo? —inquirió, sorprendido Desmond.

—Esos dos besos son... casi una promesa. No sé... Por lo menos, un preludio... Medita también sobre eso. Hasta luego.

Se puso en pie.

Desmond, mientras buscaba un cigarrillo, la miraba alejarse; en verdad, Michele era una mujer que desparramaba belleza a su paso. Era difícil ver unas piernas tan hermosas como aquellas...

CAPÍTULO VIII

LOS cálculos de Desmond dieron resultado: a las siete menos cinco minutos, la oscuridad, sin ser total, podía ser ya considerada como un aliado. Además, la suerte le acompañó en aquella oportunidad, puesto que a esa misma hora, las siete menos cinco, llegaba un coche a la quinta. En el coche, iban dos hombres: Héctor el encargado del garaje, que conducía y el jardinero, Testa. Ambos vestidos con trajes claros, con caras sin expresión...

Se habían apeado del auto ante las escalinatas y allí habían sido recibidos por Oscar y Michele. Fue Testa quien empezó a hablar y Oscar y Michele discutían, hacían gestos... Luego, los cuatro fueron hacia el interior, subiendo aquellas escaleras.

Sin nadie a la vista, el hombre del F.B.I., se alejó un poco, para tener una perspectiva más amplia de la quinta.

A las siete menos un minuto, cuando ya empezaba a preocuparse por su proyecto, distinguió a Luz.

La vio aparecer por un ángulo de la quinta, procurando moverse con cautela. Para evitar que se desorientase, el hombre del F.B.I., acudió a su encuentro. No la dejó ni abrir la boca; la tomó de una mano.

—Date prisa —gruñó.

Con paso rápido, metiéndose entre los setos del jardín desaparecieron de las inmediaciones de la parte frontal de la casa. Desmond tenía ya preparado el lugar elegido para su actuación y arrastraba a Luz.

—¿Qué te propones? Desmond, ahora están casi todos dentro, y...

—Lo sé, lo sé... Podríamos huir ¿no es así?

—No digas «podríamos». Di que «podemos». ¿O no?

—Estamos colaborando, Luz, eso es todo. Vamos, vamos...

—Pero... ¿Qué es eso?

—Un depósito de agua. Conecta directamente con la jaula de los perros. ¿Los has visto? Son estremecedores... Imagino tu blanca y dulce carne entre los colmillos de esas bestias...

Se echó a reír, silenciosamente, al notar en su mano la crispación de los dedos de Luz.

—Los sueltan por la noche; imagino que no tardarán mucho en hacerlo —dijo Desmond.

—Entonces ¿por dónde...?

—Ven aquí.

—¿Qué pasa con este depósito? ¿Has visto algo especial? —inquirió Luz, examinando rápidamente aquel depósito circular.

Hasta cierto punto, parecía una piscina; tendría una trampilla por la cual se regulaba la entrada y salida de agua.

—¿Ves esto? —inquirió Desmond, señalando la trampilla.

—Sí ¿y qué? Supongo que eso no conduce a parte ninguna. ¿Para qué sirve, entonces?

—Para escondite —dijo Desmond.

—Ahí no cabemos los dos. Por otra parte, estás loco si crees que voy a aceptar ocultarme ahí, entre sapos y... cualquiera sabe. Por otra parte, ocultarse no me parece del todo efectivo, así que...

—Soy yo quien tiene la palabra, Luz. Hasta luego.

Luz lo entendió tarde; no podía evitarlo. La diestra de Desmond se movió con fuerza bien calculada y su canto se estrelló contra el cuello de Luz, la cual, sin tan siquiera un gemido, quedó sin sentido en los brazos de Desmond quien la depositó en el suelo, para luego empezar a moverse con rapidez. Había que hacerlo todo en dos minutos.

Por lo pronto, del tacón de su zapato derecho, Desmond extrajo un largo alambre, finísimo, pero muy fuerte, que apenas ocupaba espacio. Ligó las manos de Luz a la espalda, procurando no herirla. Luego, los pies.

Consideró que era suficiente, puesto que iba a dejar a Luz en una postura bastante difícil, incómoda, cruzada... Sí, lo tenía calculado ya. Pero faltaba un detalle. Luz ya le perdonaría el atrevimiento...

No perdió tiempo, sin embargo; era cuestión de fabricar una

mordaza.

No había dificultades y segundos más tarde el rostro de Luz estaba casi oculto por las tiras de aquel pedazo de falda; podría respirar, pero poca cosa más; en absoluto emitir un solo sonido.

Una vez hubo convertido en un fardo a Luz, abrió la trampilla, con facilidad. Pues era verdad: la humedad había criado sapos allí y un par saltaron, despavoridos, al verse descubiertos. Desmond fue empujando a Luz, hasta dejarla empotrada en la trampilla. Era de esperar que no hubiese movido ninguno de los grifos que regulaban el agua en la jaula...

Y tras el trabajo, Desmond se puso en pie, corrigió un poco su aspecto y apretó un poco el paso, hasta llegar a la parte frontal de la quinta; entonces, se tranquilizó y, sin más, subió las escaleras y se metió en el vestíbulo.

Al fondo, en el gran despacho, había cierta airada discusión, al parecer; la puerta estaba abierta y Desmond se acercó.

—¿Molesto? —inquirió, con leve sonrisa, alzando un poco la voz.

Todos volvieron a mirarle.

Muthesius empujó a Nico, que le privaba un poco de la vista, y dijo:

—Adelante, por favor, Gorespi. Vosotros, ya sabéis. Fuera.

Nico y Testa, con Héctor, salieron del despacho.

Oscar y Michele permanecieron con Muthesius, que había recobrado la sonrisa, aunque parecía un poco crispada en aquellos momentos; asimismo, su ojo apenas podía ocultar un centelleo de furia.

—¿Algo no va bien? —inquirió Desmond.

—¿Qué sabe de Hilda? —inquirió de pronto, Muthesius.

Desmond demostró sorpresa.

—Si se refiere a la señorita Varona, nada. Nada en absoluto. La dejé esta mañana; me despedí de ella. Nada hay que tratar más entre ambos, creo que está claro. ¿O no?

—No sé... No la encontramos.

Desmond se mostraba perplejo.

—¿Y eso me concierne a mí? —inquirió—. Además, si no recuerdo mal, creo que la señorita Varona dijo que sería ella quien les llamaría por teléfono. Pero si estoy equivocado...

—Eso no importa. Cuando yo busco a alguien quiero encontrarlo.

—Oh.

—¿Cree que soy muy exigente? —inquirió, con una sonrisilla, Muthesius.

El hombre del F.B.I., se encogió de hombros.

—Usted sabrá, Muthesius. Y... bien, yo no he venido a hablar de esto. Ya lo imagina, supongo.

Muthesius pareció ir tranquilizándose. Se sentó, e hizo un gesto invitando a Desmond a hacer lo propio. Desmond aceptó la invitación y miró a Michele, la cual le dirigió una fugaz sonrisa, mientras que Oscar se entretenía con uno de sus puros, sin que en apariencia sintiera el menor interés por nada de lo que allí ocurría.

En cuanto a Desmond había temido el momento en que notaran la ausencia de Hilda, pero era demasiado pronto para que Muthesius se inquietara, así que Desmond consideró que sus probabilidades seguían intactas.

—Veo que ha tomado ya su decisión, Gorespi —decía Muthesius—. ¿Puedo conocerla ya?

Desmond miró en torno, como si encontrase a faltar algo.

—¿Y la señorita Marko? —inquirió.

—No sé lo...

—Es preferible que esté delante; querré oírla, además.

Muthesius se encogió de hombros.

—Como quiera, Gorespi...

—Pero un momento. ¿O acaso por estar yo primero debo considerar que poseo algún privilegio?

Muthesius rió con brevedad.

—No lo creo, Gorespi, a menos que su dinero valga más que el de la señorita Marko. ¿Es así?

—Habrà que resignarse —sonrió Desmond—. Pero, repito, quiero que esté delante. Usted dejó las cosas bien sentadas, Muthesius; al parecer, no habrá ninguna variación; nosotros aceptaremos o no el precio. Pero el trato se hará a la vista de los tres.

—Está bien, está bien... Ustedes, los espías, son unos misteriosos, Gorespi. Ustedes crean problemas donde no los hay... Por otra parte, me parece bien que la señorita Marko esté aquí.

Oscar: ve a buscarla.

Oscar empezó a moverse, sin haber despegado los labios.
Desapareció.

—¿Quieres tomar algo, Bano? —inquirió Michele, casi con dulzura.

Él la miró con alegre sorpresa.

—Muy amable, Michele. ¿Coñac?

—Tenemos coñac, sí.

—Solo. No mucho.

—Ahora mismo. ¿Usted, Muthesius?

—Trae «*whisky*» para mí, Michele. La botella, ya sabes.

También Michele salió de la estancia. Muthesius se estaba acariciando el mentón, muy bien rasurado. Llegó claramente a oídos de ambos, de súbito, el atronador escándalo de aquella jauría de perros feroces, que, por lo visto, estaban ya sueltos, guiados hacia los cafetales, para cumplir su misión de vigilancia; los ladridos se iban apagando un poco, pero ello en absoluto tranquilizaba a Desmond.

—¿Le preocupa algo? —inquirió, con un poco de ironía, Muthesius.

—No. Quiero hacerle una advertencia, Muthesius...

—Olvídelo. Sé lo que me va a decir: que si juego sucio con usted vendrán otros agentes de su país para acabar conmigo. Yo no juego sucio. Yo sólo aseguro mi negocio. Por otra parte, no pueden pedirme más sinceridad: dije bien claro que venderé a todo el mundo que se presente. Tengo todas las copias que quiero, es obvio.

—¿Y muestras?

—Fragmenté la original.

—Es sorprendente... ¿Lo hizo usted solo? Para eso, se requieren ciertos conocimientos técnicos.

—Tuve colaboración.

—Ya...

—Dejemos eso. Tengo fragmentos y copias, y nadie puede considerarse engañado por mí. Yo exijo, a mi vez, juego limpio. Aquí ha de llegar gente con tres millones en el bolsillo, si quiere negociar; lo contrario, no es sólo perder el tiempo, sino... peligroso.

Regresaba Michele, con una bandeja, dos botellas, y tres finas copitas. Sirvió «*whisky*» a Muthesius y coñac para Desmond y para

ella misma. Muthesius acabó rápido; un trago solo. Ella y Desmond, mirándose, alzaron la copita, y Michele susurró:

—Por lo que siga al preludio, Bano...

Estaban bebiendo, cuando Oscar hizo su aparición, bastante agitado; había desaparecido su apatía. Llegaba con los ojos saltones, sin puro, furioso.

—No la encontramos, Muthesius... ¡Ha desaparecido! —estalló.

—¡No es posible! ¡Buscadla bien!

—No está en la casa, ni en el jardín.

—¡En el cafetal, entonces!

—Lo dudo, Muthesius; los perros hubieran dado ya con ella. Es posible que haya buscado algún escondite... No sé... No creo que haya salido de la quinta...

Muthesius miró de soslayo a Desmond.

—¿Sabe algo, Gorespi? —inquirió.

—En absoluto. Me pareció que estaba muy nerviosa. De ordinario, una espía experimentada no pega una bofetada a un hombre por... unas simples proposiciones... Me di cuenta de que estaba al borde de la histeria. Una mujer así no interesa, Muthesius.

—Todo eso está muy bien, pero insisto: quizás usted me oculta algo y...

—Yo no la he vuelto a ver desde que me abofeteó en el cafetal —dijo con toda calma, Desmond—. Tras dejarla a ella, encontré a Michele y estuvimos dando un paseo. Luego, nos sentamos en el banco que hay bajo los sauces y...

—Todo eso lo sé —atajó Muthesius—. ¿Y luego?

—Me quedé allí, hasta que oí llegar el coche, doce o quince minutos más tarde. Me acerqué, pero observé que discutían, y esperé un poco para entrar. Eso es todo. Por lo demás, considero absurdo que usted crea que tengo algo que ver con la decisión de la señorita Marko. Allá ella con sus planes y su historia.

—Está bien —giró la cara hacia Oscar, y chilló—. ¿Aún estás aquí, imbécil?

Oscar pestañeó, e iba a salir pero Muthesius pareció cambiar de idea.

—Espera, Oscar... Quédate aquí. Michele... tendrás que colaborar. Confío más en tu cerebro. Organiza la búsqueda de la señorita Marko. Por favor... no regreses sin ella.

Michele dejó el vasito en la bandeja y con rostro un tanto extraño, sin responder, se dispuso a cumplir la orden. Desmond fingió no interesarse por los movimientos de Michele, pero empezaba a sacar conclusiones; quizás Michele era, en realidad, el brazo derecho de Muthesius y quién sabe si su cerebro en ciertos aspectos.

Cuando Michele hubo salido de la estancia, Desmond soltó un suspiro.

—Tal vez deberíamos ir nosotros al fondo de la cuestión, Muthesius. Veo que lo de la señorita Marko se complica, y yo no deseo perder más tiempo, ya les indiqué que mi salida perfecta de Caracas ha de tener lugar, precisamente, hoy. He decidido aceptar su oferta; pagaré los tres millones de dólares. Pero, ahora, en Caracas, sólo dispongo de un millón. Usted lo sabe también. ¿Qué sugiere para que exista confianza mutua en el cumplimiento del trato?

—Le daré la mitad de los documentos, que por sí solos no sirven para gran cosa. El resto, cuando cobre los dos millones que faltan. ¿Le parece bien, Gorespi?

—Bueno... es un acuerdo rápido que, debo confesarlo me parece justo, al mismo tiempo. Dentro de cinco días como máximo regresaré con el dinero que falta.

CAPÍTULO IX

EL ojo de Muthesius escrutaba el rostro de Desmond.

Dijo, de pronto:

—Usted no ha traído el dinero, Gorespi.

—Es elemental —sonrió el hombre del F.B.I.

—Ya... Tampoco lo tiene en el refugio desde el que Hilda llamaba por teléfono. Lo registramos, como habrá comprendido.

—También es elemental.

—Muy bien. ¿Entonces?

Desmond se encogió de hombros.

—Vengan conmigo. Traigan los documentos ustedes y cobren. No hay por qué buscar más complicaciones.

—Bien... ¿Va a decirme para qué país trabaja?

—No. Yo no le he preguntado cómo ha obtenido eso.

—Es cierto... —sonrió Muthesius.

Se puso en pie, no sin antes haber apretado un resorte que debía tener en algún punto de la mesa, a su alcance. Cuando se estaba irguiendo, a su derecha, donde sólo había unos armarios-archivos, se inició un movimiento; tales armarios empezaron a deslizarse a un lado, dejando visible un hueco bastante grande, de yarda y media por cada lado, donde estaba empotrada la caja fuerte de Muthesius. Éste se acercó a la caja y empezó a manipular.

El hombre del F.B.I., consideró que no podía perder un segundo.

Oscar, por supuesto, era su primera víctima.

Se irguió, veloz, sorprendiendo a Oscar, quien lo primero que hizo torpemente por supuesto, fue intentar desenfundar la automática que llevaba en el costado izquierdo. Sin embargo, Desmond se lo impidió con un tremendo puñetazo en el estómago. Oscar se inclinaba, dolorido, muy pálido, con la boca abierta,

cuando Desmond, de revés, le asestó un golpe en pleno rostro, con extraños efectos.

Muy extraños, sí.

Al recibir el violento revés, Oscar perdió el equilibrio y tras un trastrabilleo fue a caer despatarrado al sillón que instantes antes había estado ocupando Desmond.

Y todo fue en cuestión de segundos, desde el instante en que Desmond atacó a Oscar. Éste había caído en el sillón y, de súbito, unas abrazaderas metálicas hicieron su aparición, sujetando el cuerpo de Oscar, quien chilló, pataleando, tratando de soltarse de allí, desencajado el rostro, con los ojos saltones a causa del pánico.

Pero era tarde. Muthesius no podía retroceder con su combinación de resortes, y Oscar debía saberlo y de ahí su desesperación.

En efecto, tras las abrazaderas, varios cuchillos aparecían por el respaldo del sillón. Eran cinco cuchillos, y cuatro de ellos se clavaron en el cuerpo de Oscar, que aún se estremeció un poco, antes de quedar rígido, arqueado el cuerpo, con los ojos muy abiertos, mirando la hermosa lámpara.

Muthesius, al comprobar los efectos de su error, al creer que era Desmond quién ocupaba el sillón, reaccionó con rapidez, dejando la caja fuerte, sólo entornada, para precipitarse hacia el escritorio, tratando de abrir uno de los cajones.

Muthesius no pudo controlar la situación.

Con auténtico asombro, vio casi volar a Desmond. Éste, simplemente, se apoderó de un fino estilete abrecartas que había sobre el escritorio y luego lanzó un feroz golpe hacia la mano que Muthesius apoyaba al escritorio; le ensartó la mano y la clavó al escritorio... Y Muthesius con la lividez de la muerte parecía petrificado, mirándose aquella mano clavada en la mesa.

Dos segundos más tarde, Desmond estaba detrás de él; abrió el escritorio y empuñaba la automática.

Sin transición, tiró del estilete, liberando la mano de Muthesius que empezó a sangrar entonces.

—A la caja —ordenó secamente, Desmond.

—Está... está loco, Gorespi... —jadeó Muthesius—. No conseguirá salir de aquí...

Desmond le empujó hacia la caja.

—Y no toque más resortes, Muthesius o el estilete se le clavaría en el corazón.

—No le saldrá bien...

—Tal vez. Pero había que intentarlo. Por lo pronto, usted y yo estamos solos aquí, con ventaja por mi parte. Quiero las muestras y los documentos. Las muestras íntegras; todos los fragmentos. Diga ¿cómo consiguió fragmentarlas? ¿Quién colaboró con usted?

—Se lo diré...

—Por supuesto que sí, Muthesius, pero aunque hablemos no deje de ir sacando cosas. Vamos, vamos...

—Trajimos aquí a Van Eesteren.

—Comprendo... Él sí era un técnico. Lo utilizaron. ¿Y luego?

—Adivínelo, Gorespi —gruñó Muthesius.

—Me sobra imaginación para algo tan sencillo —masculló Desmond—. Asesinado.

—A veces, hay cosas no gratas que...

—Saque el portafolios. ¿Están dentro los documentos originales? —inquirió Desmond.

—Sí...

—Entonces, saque sólo el portafolios. Vaya dejándolo todo sobre los armarios. Lo demás, no lo toque. ¿Qué hicieron con Paxton?

Muthesius giró hacia Desmond; pestañeó con aquel ojo enrojecido mientras que la caja, el suelo, el portafolios, las muestras, se iban manchando con la sangre que brotaba de su mano atravesada, ya muy tumefacta, hinchada.

—¿Qué hicieron con Paxton? ¿O acaso era el cadáver que se encontró calcinado en cierta explanada?

—Usted es del F.B.I.,... —musitó Muthesius.

—Feliz deducción, por fin, Muthesius.

—¿Y la señorita Marko...?

—No hablemos de ella ahora. Fuera todo eso. ¡Fuera! Y usted, apártese de la caja. Insisto: no toque un solo botón más.

Le apartó de un empujón. Entonces, Desmond se desprendió del estilete, y extrajo el encendedor, con la zurda. Con una sonrisa torcida, varió la posición de cierta rodela del encendedor y apretó. Entonces, se oyó un ligero siseo, como si un chorrito de algo saliera del encendedor. A continuación, Desmond dejó el encendedor en su posición normal y encendió.

Miró la llamita y luego a Muthesius.

El tipo aún no comprendía.

Sólo cuando Desmond aplicó la llama a un papel rociado con cierto gas muy inflamable, lo entendió. Y la llama se alzó de inmediato, para extenderse con increíble velocidad. En cuestión de dos segundos, la caja fuerte se convirtió en un horno; o un crematorio. Allí, en verdad, sólo quedarían restos carbonizados, simples cenizas, cuando volviera a abrirse la caja.

Y antes de que Muthesius pudiera creer que, en cuestión de segundos estaba completamente arruinado, Desmond cerró la caja.

Apoyó la pistola en el cuello de Muthesius y dijo:

—Tome el portafolios y las muestras. Ahora vaya a la mesa, y oculte la caja. Es decir, situé los archivos en su sitio.

Fue cuando Muthesius soltó el rugido de rabia.

Y con el paquete de las muestras atacó a Desmond, dirigiendo el golpe hacia la diestra armada del hombre del F.B.I. El golpe surtió efecto y Desmond perdió la automática; no pudo pensar en ello ni una décima de segundo, ya que Muthesius, loco de ira, a manos limpias, y es un decir, ya que su zurda estaba cada vez más hinchada y ensangrentada, trató de aferrar el cuello de Desmond, consiguiéndolo en el primer momento.

Muthesius o no había sido buen luchador nunca, o había olvidado cómo se lucha.

Sin inmutarse por el estrujón que notaba en el cuello, Desmond actuó incluso con saña. Pegó en el estómago de Muthesius con la zurda, y a continuación con la diestra en el plexo solar; decreció la presión de las manos de Muthesius en su cuello.

Desmond volvió a pegar, a placer; un golpe bajo, feo, pero que surtió efecto, y Muthesius tuvo que soltarle; fue cuando Desmond, de un revés acabó de apartarle; con otro golpe, en pleno rostro, le dejó con los riñones pegados al borde del escritorio y de allí Muthesius fue resbalando hacia el suelo.

Desmond, jadeando, se inclinó, tomando la automática.

—Muthesius: tome el portafolios y ese paquete con las muestras. Vamos a salir de aquí. Cuide de que nadie se acerque a nosotros, ni nos moleste. Comprenda que usted significa mi única probabilidad de salir de aquí. Muévase... ¡Muévase...!

Le agarró por una hombrera, tirándole hacia donde estaba el

portafolios y el paquete de las muestras.

—Ahora, vamos. Salga primero usted, y vaya cerrando luces. Elija el camino más corto hacia el garaje.

—E...es... está loco...

—Ya lo dijo antes, Muthesius. Camine.

—Oiga esto, Gorespi, o como se llame: yo soy la única oportunidad de usted para salir de aquí, muy bien. Lo que tengo en las manos ahora es, al mismo tiempo, mi única posibilidad de salir adelante...

Desmond achicó los ojos y le colocó el cañón de la automática junto al oído derecho.

—En marcha —musitó.

Llegaron a la salida del despacho; dejaron la estancia atrás, ya sin luces, pero quedaban las del vestíbulo. La gran pecera iluminada, con los pececillos de colores... Y alguien que entraba.

Muthesius no vaciló en dar la orden:

—¡Mátale, Nico!

Nico reaccionó ya en el infierno. Desmond no podía perder el tiempo con contemplaciones y disparó a la frente del mulato; Nico ya no recogería más maletas en aeropuerto alguno. Quedó en tierra, rígido, de cara al «aquárium». El cañón del arma de Desmond, caliente, quedó de nuevo pegado a Muthesius.

—Quiero llegar hasta el garaje, Muthesius —susurró Desmond—. Saldremos con el coche de usted. ¿Sabe...?, tendré que regresar a la quinta, de todos modos. Luz... perdón, la señorita Marko, debe estar pasándolo bastante mal. Sólo espero que el cerebro de Michele no sea tan bueno como usted cree.

—Lo es... Lo es, Gorespi...

—Ya veremos. ¿Existe alguna entrada en el garaje que comunique con el interior de la quinta?

—Sí...

—Pues ésa es la que me conviene. Usted guía, Muthesius. Por si se equivoca de camino, debo advertirle que en todo momento su cabeza está al alcance de las balas de esta pistola; vaya derecho a esa entrada. ¿De acuerdo? Su gente está bastante lejos, entre el cafetal... así que no se tome molestias.

Acercándose a Michele, que estaba en el linde del cafetal. Testa negaba con movimientos de cabeza.

—Nada, Michele. O ha salido de la quinta o está muy bien oculta.

Michele reflexionó unos instantes. Luego dijo:

—Traedme un par de perros.

—¿Un par...?

—Sin perder tiempo. Testa.

Testa se volvió hacia Correa, el que ejercía como cocinero y gruñó:

—Ayúdame. No me fío de esos bichos.

Apenas se hubieron alejado unas yardas, Michele miró a Héctor y dijo:

—Ve al garaje y busca en el coche de la señorita Marko alguna prenda de ésta; cualquier cosa. Unos guantes, un pañuelo... lo que sea. Y tráelo en seguida.

Héctor se dio una palmada en la frente, pero salió corriendo, sin hacer comentarios. Cuando Héctor regresó con un fino pañuelo de gasa, que Luz debía utilizar para la cabeza, ya estaban allí los dos perros, a los que Testa sujetaba apenas, mediante una fuerte correa; dos animales inquietos, que emitían gruñidos escalofrantes.

Michele tomó el pañuelo que le tendía Héctor y lo olfateó unos instantes; pareció satisfecha, y luego dejó el pañuelo en el morro de los perros. Éstos, empezaron a girar, a moverse.

—Vamos, Testa —dijo Michele—. Los demás, seguid buscando. Los perros pueden dar un rodeo que nos haga perder tiempo.

Testa sujetando a los perros, y Michele detrás, iniciaron la búsqueda. Michele había comprendido que la finca era demasiado grande para unos cuatro hombres; era preferible contar con la ayuda eficaz, segura, de aquellos animales, que ladraban y se movían.

En efecto, los perros daban vueltas, se movían en torno a la casa. Pero como nada más ocurría, Michele no perdía la paciencia. A ella la habían ordenado que no regresara al despacho sin la señorita Marko.

Por fin, los perros habían enfilado en dirección al depósito de agua, que les abastecía a ellos mismos. Instantes más tarde, se precipitaban hacia la trampilla, con furibundos ladridos, chocando de cabeza contra la portezuela metálica. Como fuese, a Michele no le cabía duda de que los animales habían dado con su presa. Sin

embargo, era sorprendente pensar que la señorita Marko había elegido aquel pequeño e incomodísimo refugio.

—Aparta a esos animales. Testa —ordenó Michele.

Testa tiró de ellos, retrocediendo, y Michele, pistola en mano, abrió la trampilla. Estaba sorprendida.

Al principio, sólo podía ver a Luz, encogida, cruzada en el pequeño espacio.

—Salga de ahí, señorita Marko.

Oyó unos rumores, provenientes de Luz y Michele tuvo que comprender. Entonces, fue tirando de ella, hasta sacarla de allí. Pudo verla atada con el fino alambre, con la mordaza confeccionada con la ropa que le faltaba a la diminuta falda, que ya no servía como tal. Michele, silenciosa, le quitó la mordaza, mientras que Luz se sentía sobrecogida de pánico, resonando en sus oídos aquellos ladridos, viendo aquellos ojos relucientes, los blancos colmillos aterradores...

—¿Y bien, señorita Marko? —inquirió Michele.

Luz estaba respirando con ansiedad.

—Fue... fue él... —jadeó.

—¿Se refiere al señor Gorespi?

—¡Sí! Y no se llama así... Se llama Desmond Parker, y pertenece al F.B.I. ¿Qué ha ocurrido con él? —inquirió, temerosa, quizás dándose cuenta de que se había precipitado, Luz.

Michele había quedado como petrificada.

—¿Cómo sabe que pertenece al F.B.I.? —inquirió, con voz apagada.

—Lo... lo descubrí...

—¿Cuándo y cómo?

—Bien...

—Responda, señorita Marko. Me parece extraordinario que usted haya conseguido descubrir eso por sus propios medios, en cuestión de minutos... Diga ¿cómo lo ha conseguido? Quizás se conocían... ¿Es así?

—No, no... Le digo que...

—Piénselo unos segundos, señorita Marko. Quizás luego los perros le hagan recordar —dijo Michele.

Luz, aterrada, miraba a Michele y a los perros, alternativamente. No le cupo la menor duda de que Michele era muy capaz de lanzar

a aquellos dos horrendos animales contra ella. Y quizás no fuese tan grave admitir que conocía a Desmond; bastaba con ocultar que ella era agente al servicio de Cuba; seguiría con su mentira de África, sí: diría que se conocieron en... El Cairo, por ejemplo...

—Está bien... Sí, le conocía... —jadeó.

—¿Por qué no lo dijo?

Luz pestañeó.

—No sé... No lo sé...

—Tal vez para protegerle, señorita Marko —musitó Michele.

—No, no...

—Y para protegerse usted. Nos ha estado ocultando algo muy peligroso ¿lo comprende? Debe existir un motivo. No se concibe que usted, si quería jugar limpio con nosotros, no delatase a un agente del F.B.I., que tan grave peligro encerraba para nosotros como para usted. Si usted y Gorespi son conocidos, y enemigos como demuestra el hecho de que la haya encerrado en esta trampa, atada y amordazada no protegiéndola, precisamente, sigue sin explicación el hecho de que usted permaneciera en silencio. ¿O... quizás usted también tiene algo que ocultar, señorita Marko?

—Nos conocimos en El Cairo... No éramos...

—Le estoy preguntando si tiene algo que ocultar. Sepa, señorita Marko, que no ignoramos que nos hemos echado encima, al igual que al F.B.I., a los servicios secretos cubanos. ¿Sabe algo de eso?

Luz negaba con movimientos de cabeza. Estaba perdiendo la serenidad por momentos.

—Acabemos con esto... De una vez. Ustedes me entregan los documentos y las muestras y yo les pago lo convenido...

—¿Por qué no nos advirtió del peligro? Insisto, señorita Marko. Quizás usted no lo hizo porque confiaba hasta cierto punto en ese hombre para salir de aquí; una colaboración por una vez con el F.B.I. Como sea, además, no ha demostrado jugar limpio con nosotros.

Y Michele, de pronto, se puso en pie; atada aún de manos y pies, Luz, impotente, seguía en el suelo.

—Aún perdería un minuto oyendo una explicación creíble, sensata, lógica, señorita Marko —dijo Michele.

—¿Pensaba delatarle...!

—¿Cuándo?

—Cuando... cuando me sorprendió, iba a hacerlo.

—Eso no es lógico, ni creíble, ni sensato. Considero que ha habido traición por su parte, al ocultarnos un riesgo importante. Lo siento por usted.

—¡No...!

Michele no oyó a Luz. O no quiso oírla.

Apretó el gatillo.

Lo hizo una sola vez; un trabajo limpio. La bala penetró por el seno izquierdo de Luz, hasta empotrarse en su corazón. Luz, fulminada, quedó convertida en un triste montón, allá, en el suelo, a los pies de Michele, mientras los perros aullaban, se estremecían...

Por fin, Michele miró a Testa y dijo:

—Ve a dejar a los perros en su sitio. Luego, regresa con ayuda, y deshaceros de este cadáver.

—Bien, Michele. ¿Y tú...?

—Hay una reunión muy interesante en el despacho de Muthesius; considero que faltando yo no está al completo. Ocupate del cadáver; yo me encargo del resto.

Sin decir más, Michele se volvió de espaldas y echó a andar hacia la casa.

Poco después, Michele empezaba a descubrir cosas; era evidente que Desmond, o Bano, se había preparado el terreno para actuar. Por lo pronto, allí estaba Nico, muerto. La luz del despacho estaba apagada y Michele, para saber a qué atenerse, fue allí y accionó los interruptores. Su mirada recorrió el despacho, hasta detenerse en el cadáver de Oscar. Luego, dio unos pasos; vio sangre en varios puntos. La sangre había goteado también fuera del despacho.

Salió y estuvo examinando el suelo, hasta que creyó comprender.

Salió entonces de la casa, para dirigirse por el exterior al garaje. Antes de tocar la puerta, pegó el oído; ni oía rumores, ni había luz en el garaje. Entonces, con una fría sonrisa, decidió entrar. Estaba segura de que Desmond no tardaría en hacer su aparición en el garaje. Así que abrió la puerta corrediza, se metió en un rincón oscuro, pistola en mano y a esperar.

No fue mucho rato; apenas dos minutos. Se abrió la puerta y se encendió la luz. Luego, la voz de Desmond:

—Rápido. ¿Cuál es su coche?

CAPÍTULO X

MUTHESIUS avanzaba pegado a Desmond, quien en ningún momento dejaba de hurgarle en un oído con la punta de la automática, alargada por el tubo silenciador. Así que Muthesius dio unos torpes pasos hacia su auto, un imponente «Leland-Stover», de negra y reluciente carrocería.

Y fue en aquel momento cuando se oyó la voz de Michele:

—¿Tienes prisa, Bano?

La reacción de Desmond fue inmediata, cubriéndose con Muthesius, descubriendo por fin, a Michele en parte, en aquel rincón, bien protegida por unos estantes, y parte del morro del coche alquilado por el propio Desmond.

—¿O debería llamarte Desmond Parker?

Desmond se humedeció los labios.

—Has encontrado a la señorita Marko, veo —musitó.

—En efecto.

—¿Qué has hecho con ella?

—Imagínalo. La señorita Marko nos estuvo ocultando la verdad sobre ti. No supo darme ninguna explicación lógica, y pensé lo peor. Pero no ha sufrido, no temas.

La mirada de Desmond estaba clavada en Michele, en parte del rostro que veía.

—Muthesius y yo vamos a salir de aquí, Michele. El mismo Muthesius te ordenará que sueltes la pistola. Hágalo, Muthesius.

—No pienso hacerlo.

—Usted morirá primero, supongo que lo entiende.

Muthesius reflexionó; cuestión de segundos. Tal como se presentaba la situación, no había que hacerse ilusiones; el agente del F.B.I. dispararía a matar. Por tanto, dijo:

—Está bien. Suelta la pistola, Michele. Digamos que esta baza ha favorecido a Parker.

Michele no se movió.

—¿No has oído? —Gruñó Muthesius.

—Lo he oído perfectamente, pero no pienso hacerlo.

—¿Qué estás diciendo...? Te ordeno que...

—Calma, Muthesius, calma... Bien pensado, esta situación puede favorecerme más de lo imaginable. Aquí pueden decidirse muchas cosas y no pienso abandonar mi posición, que considero ventajosa. Pienso, por ejemplo, que estar a su lado es un peligro; donde no hay cerebro, se produce un abismo, siempre peligroso. Usted, como persona, Muthesius, es algo abominable, repugnante. Como mercader es bueno, pero...

—¡Basta, Michele! ¡Suelta el arma! Olvidaré esto, pero no compliques más la situación.

—No es en absoluto complicada. ¿No quiere comprenderlo? Voy a dejar que Parker le mate, Muthesius. Luego, yo le mataré a él. Constará que ha habido lucha, y que yo no he podido evitar su muerte. Entonces, será mi cerebro... y mi persona, quien dirija algo que en unas manos como las tuyas se escapa como mercurio entre los dedos. Yo sabré sujetar bien el magnífico negocio que tendré entre manos. Usted no sabe tratar con espías. Le dije que no me había gustado la forma de trabar contacto con la señorita Marko. Tampoco me pareció bien lo que hizo Hilda. A Hilda la noté... precipitada, ansiosa; quizás asustada... Le dije que no era así como se iniciaba el trato.

—Entonces, Michele, pensaba traicionarme... —susurró Muthesius.

—No... No, no... Nada de eso. Ya ha habido bastantes traidores. He cambiado de idea al comprobar que usted es ineficaz totalmente cuando se ha de enfrentar a alguien preparado. Muthesius, por favor, ya se lo dije también: no es lo mismo un espía experto, entrenado, que un sucio contrabandista borracho... Espero que lo haya comprendido. Veo con qué escasísimos recursos ha estado Parker a punto de tener éxito; con sólo actuar rápidamente, atrapar a la señorita Marko, ocultarla y lanzarnos a todos en su búsqueda... para quedarse a solas con usted. Oh, no olvido a Oscar. Es que Oscar, en manos de Parker, no era más que un títere con traje

blanco... Se ha demostrado ¿no es así? No quiero seguir con usted, Muthesius. Es absurdo, estúpido, su modo de hacer. Y puestos a hacer las cosas, hay que hacerlas bien: yo asumo la... responsabilidad —sonrió— del negocio. Estoy preparada para ello.

—Michele... quizás no lo has pensado bien...

—Muy bien.

—Yo soy un luchador, ya lo sabes; zafio, bruto, pero a mi manera sé hacer daño... Cuidado con lo que haces.

—Parker se encargará de usted, Muthesius. ¿No es así, querido? ¿No vas a disparar contra él?

—Y contra ti, Michele —musitó Desmond.

—Casi no lo creo... ¿No te impresioné, siquiera un poco, en el banco bajo los sauces?

—No hablemos de eso.

—Fue un preludio bastante bonito... algo que empezó bien, pero que va a terminar mal. Fue un preludio de muerte... Estremecedor, ¿verdad? Del amor a la muerte. Bien... No quiero perder más tiempo. Los demás están ocupados con el cadáver de la señorita Marko, y antes de que regresen yo he de haber solucionado esto a mi manera...

Y apreté el gatillo.

Sin más.

Un poco sorprendido, Desmond apenas pudo, con un brusco tirón apartar de la trayectoria del plomo a Muthesius quien, aun así recibió el impacto en un hombro. La segunda bala disparada por Michele no surtió efecto alguno, como no fuera un silbido y el choque del proyectil contra la carrocería del auto de Muthesius.

Desmond se había situado convenientemente, pero antes de que su cerebro se organizase para terminar con aquello, Muthesius entraba en acción. Muthesius con su único ojo casi fuera de la órbita; con el brazo izquierdo lleno de la sangre que manaba de la herida del hombro, y aquella mano hinchada, tumefacta, atravesada por el estilete. Muthesius, loco de ira, había saltado por encima del morro del motor de su «Leland-Stover», y quedó junto a las estanterías tras la que se ocultaba Michele.

Muthesius no vaciló en absoluto; con la mano derecha empezó a forcejear con aquellas estanterías llenas de herramientas. Sus esfuerzos tuvieron éxito.

Su tremenda fuerza, acrecentada por la ira, consiguió que la estantería cayera derribada, soltando toda clase de herramientas mientras que Michele saltaba a un lado, dado que al caer la estantería quedaba al descubierto. Muthesius, no obstante, era una auténtica fiera en aquellos momentos. Su mano derecha había tomado algo del suelo.

Un espeluznante atornillador, con el cual en ristre se abalanzó contra Michele, lanzando un rugido.

Desmond, aún desconcertado por la rapidísima actuación de Muthesius, pudo ver lo que ocurrió a continuación, sin que tan siquiera la bala disparada por Michele detuviera a aquel hombre.

Muthesius, en su avance, y sólo a yarda y media de Michele, que trataba de retroceder, lanzó un tremendo golpe con el atornillador. Michele se movió un poco, mientras disparaba. Acertó de lleno con el balazo, que alojó justo en la cuenca vacía, sin ojo, de Muthesius, quien pareció querer dar un salto hasta el techo, pero sólo fue una ilusión; cayó fulminado en décimas de segundo.

Por su parte, Michele, temblorosa, lívida, contemplaba el atornillador que le estaba atravesando el seno derecho, de parte a parte; lo tenía allí, clavado, como una brasa en carne viva.

Retrocedió, angustiada, soltando la pistola, mirándose el seno.

Cayó luego de rodillas.

Desmond, entonces, hizo su aparición.

La miraba; se acercaba a ella, en silencio.

Michele también le miró a los ojos.

—Tú le conocías bien, Michele... —murmuró Parker—. No debiste irritarle. Podías hacer lo que pensabas, pero sin hablar tanto.

—A... ayúdame...

Desmond achicó los ojos; una fría y torcida sonrisa desfiguraba un poco su boca.

—¿Ayudarte, Michele? A ver si adivino: mataste al agente del F.B.I. Paxton.

—Y-yo... yo no...

—Y le prendiste fuego al cadáver. Ibas a asesinar fríamente a Muthesius. Has matado a Luz... a la señorita Marko, quiero decir. ¿A qué debo ayudarte, Michele?

Por el bellissimo rostro de Michele ya resbalaban gruesas y frías

gotas de sudor.

Desmond, entonces, fue a recoger el portafolios y el paquete que contenía las muestras de uranio enriquecido. Lo mostró a Michele, y dijo:

—Esto, Michele, es mejor que permanezca ignorado; al menos, para cierta clase de países... Ya ves: lo que también fue preludio de un buen negocio, se ha trocado en muerte. Y ya no me es posible seguir aquí más tiempo.

Abrió la portezuela del coche, y dejó en el interior el portafolios y el paquete. Luego, sin más, se metió en el auto, frente al volante. Miró a Michele y dijo:

—Apártate de ahí, o te aplastaré; estás ante la salida.

Michele pestañeó; con la mano izquierda sujetándose con el atornillador visible por el mango y la punta, realizó un salto en dirección a la pistola que había dejado escapar.

Desmond dejó que la empuñara, quizás Desmond quería engañarse un poco a sí mismo. Era cierto que había condenado a muerte a Michele, pero quiso darle un vestigio de importancia.

Y cuando Michele tenía ya el arma en posición, Desmond hizo fuego, empuñando la automática con la zurda; asomándola por la ventanilla del coche. Disparó una sola vez. La bala perforó la frente pálida de Michele, y dibujó allí una negra telaraña. Michele, fulminada, quedó de espaldas.

Desmond la miró unos instantes. Luego, puso el coche en marcha. Por nada, bajo ningún concepto, pensaba apearse de aquel auto, por lo cual había cerrado la ventanilla y se lanzó contra la puerta. No había que olvidar que aún quedaban tres hombres; se estaban ocupando del cadáver de Luz, según había dicho Michele, pero eso requiere un tiempo limitado, tan sólo.

Se encontró en el exterior y decidió encender las luces; en todo caso si era visto, aquellos tres hombres, en el primer momento, quedarían quietos, pensando que se trataba de Muthesius.

Sin embargo, las precauciones de Desmond se debían a otra cosa que, en su opinión, encerraba mucho más peligro que aquellos tres hombres que quedaban en la quinta: los perros.

El sendero de salida de la quinta discurría por entre los cafetos, y era seguro que aquellos animales correrían hacia el coche; les bastaba descubrir algo nuevo para lanzar sus ladridos, mostrar los

colmillos, los ojos asesinos...

No vio a los tres hombres; además, había apretado el acelerador y estaba ya en el sendero, entre los cafetales, que se alineaban a ambos lados.

En efecto, tardó muy poco en cegar con las luces a algunos de aquellos perros, que saltaban, oliendo, quizás, que algo ocurría; ladraban, corrían a su lado; uno de ellos quiso saltar, y su morro se estrelló contra el cristal. Un par de segundos más tarde, Desmond notaba que el coche había golpeado algo...

En ningún momento retiró el pie del acelerador.

Por fin, sintiendo una extraña alegría, un alivio infinito, llegó a la oscura carretera que le conduciría, desde el término de Agüitas, a Caracas. Sólo tenía que seguir apretando el acelerador, sólo eso... Y la quinta quedaba muy atrás; la quinta, los perros, los muertos...

Fue Lyra quien abrió la puerta.

Pestañeó, mirando a Desmond.

—Usted... Adelante, Parker. Vamos, entre.

Desmond pasó al interior del chalecito. Robreño apareció también y miró de un modo extraño a Desmond. Luego, contempló su reloj de pulsera.

—Sólo son las once, Parker. Pero ya empezábamos a inquietarnos. ¿Qué trae ahí? —señaló el portafolios y el paquete.

—Algo que perdimos en el aeropuerto de Maiquetía... ¿Cómo está Hoyos?

—Muy deprimido, pero las quemaduras siguen su curso. Oiga, Parker... ¿Trata de decirnos que ha recuperado los documentos y las muestras de uranio? —susurró Robreño.

Desmond esbozó una cansada sonrisa.

—Entremos. ¿Me ofrecen un cigarrillo?

Pasaron a la salita donde estaba Hoyos; muy deprimido, en verdad. Probablemente el cadáver de Hilda seguía prendido en sus retinas, grabado en su cerebro.

En silencio, Desmond se sentó, aceptó el cigarrillo que le ofrecía Lyra y encendió. Fumó un poco, por el placer de fumar. Luego, miró a Robreño y dijo:

—Mi plan es el siguiente, para evitar nuevas complicaciones, aunque no parece probable que vuelvan a surgir; llamen a San Juan de Puerto Rico y pidan un avión especial. De acuerdo con el avión

de que dispongan, y de sus posibilidades de horario, que en San Juan fijen la hora en que el avión llegará para recogerme; usted, Robreño, fije el lugar, ya que conoce bien el terreno.

Robreño asentía con movimientos de cabeza.

—Lo haré así, Parker... Le felicito. ¿Sabe una cosa?, después de... su actuación, veo con toda claridad nuestra... ineficacia... Usted, un hombre solo, lo ha conseguido y... Creo que lo mejor será que anulemos nuestro compromiso con el F.B.I., la razón es...

—Tranquilícese, Robreño. En primer lugar, yo soy un hombre afortunado. En segundo lugar, a mí no me ha traicionado nadie. Esto último es importantísimo. No acepto su dimisión, es más: creo que habrá que organizar en Caracas una red más amplia, con personal de confianza, bien dirigido.

—Pero...

—¿O no le interesa por algún otro motivo?

—No, no, Parker... Me siento... insignificante, inútil. Yo no habría conseguido jamás lo que usted ha...

—Basta de eso, por favor. ¿Le parece bien comunicar cuanto antes con la Delegación en San Juan?

Robreño inclinó la cabeza.

—Ahora mismo, Parker —musito—. Diga ¿nos organizará usted?

—No. Washington tiene expertos en organización de enlaces. Uno de nuestros expertos llegará a Caracas en el momento oportuno. Nosotros les seguimos necesitando, Robreño. Insisto en que esa desolación que sienten ustedes, esa sensación de fracaso, lo deben sólo a una traición. Hilda impidió que todo se desarrollara normalmente.

Miraron a Hoyos, que parecía haber soltado un gemido.

Robreño miró a Desmond, como interrogándole.

—Decidirá Washington —dijo Desmond, tan sólo.

Robreño asintió con la cabeza, y salió de allí.

Lyra inquirió:

—¿Toma algo, Parker?

—No, déjelo...

Desmond, poco después, oía el mecanismo de la emisora en marcha. Sonrió. Por fin, un preludio alegre... Aquello era el preludio de un regreso feliz...

Miró a Lyra y dijo:

—Bien pensado, Lyra ¿por qué no? Un «*whisky*» doble.

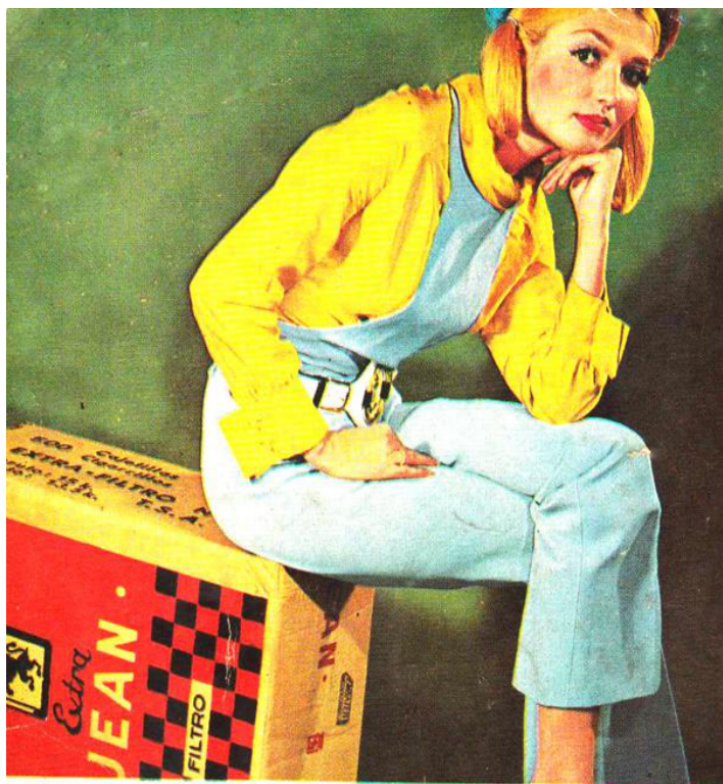
Lyra esbozó una sonrisa, como comprendiendo.

Dejó a Desmond con los ojos cerrados, quizás recordando algo, pero relajado, tranquilo. Volvió Lyra con el «*whisky*» e instantes más tarde regresaba Robreño con la noticia:

—Será mañana por la noche, Parker. Yo le acompañaré al lugar.

—Magnífico, Robreño... Podré descansar unas horas...

FIN



R EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (MADRID)

DISTRIBUIDOR NACIONAL:

ORGANIZACION DISTRIBUIDORA IBERICA, S.A.
EDIFICIO ESPAÑA - MADRID

**10
PTAS.**

Concesionarios exclusivos en America: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
2180 S.W. 12 Avenue • MIAMI, FLA. 33129-USA

